

1203

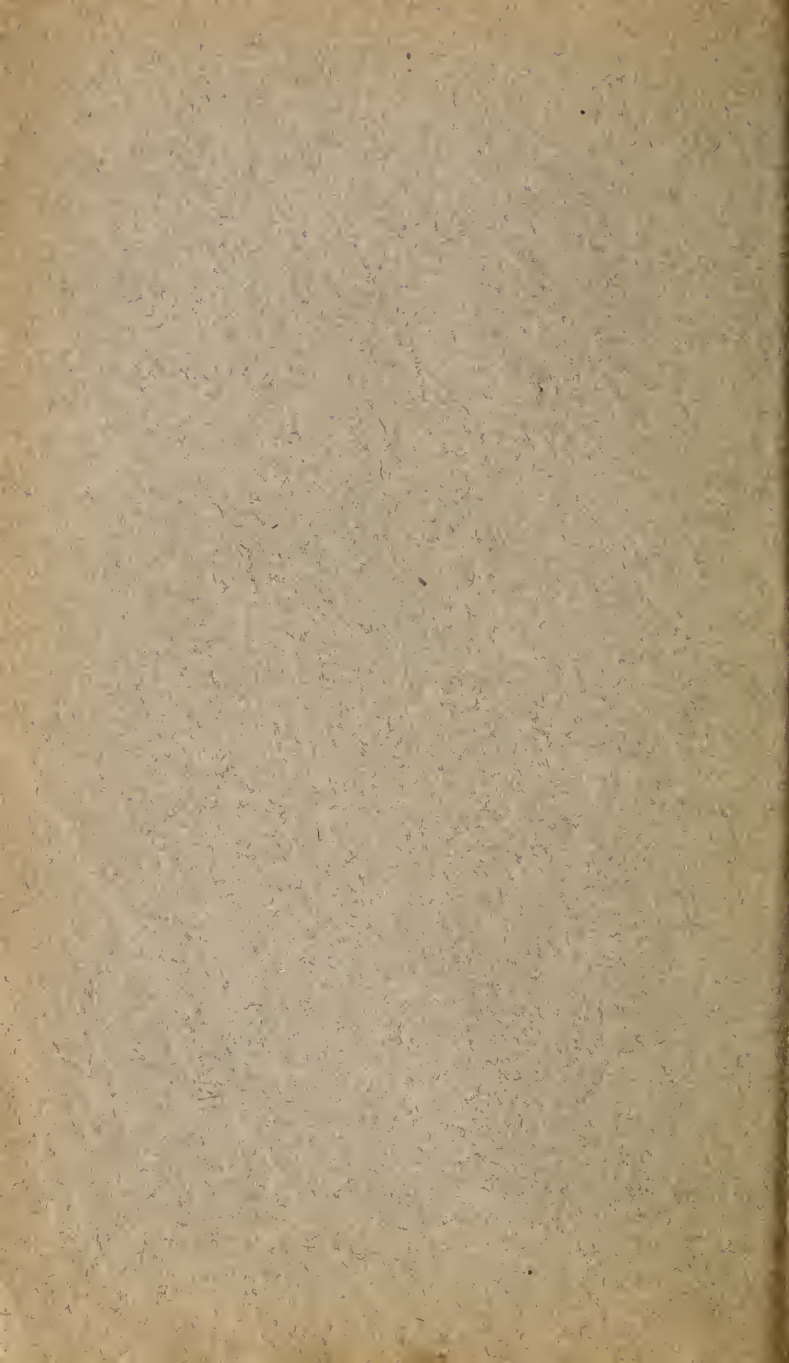
Ambrosio Carrión

Bernardo del Carpio

Drama caballeresco en cuatro actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914.



Bernardo del Carpio



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

La *Sociedad de Autores Españoles* es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Bernardo del Carpio

DRAMA CABALLERESCO EN CUATRO ACTOS

Original de

AMBROSIO CARRIÓN



Estreado el 7 de diciembre de 1912 por la compañía Villagómez en
el teatro Eldorado, de Barcelona



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914



*A Paco Villagómez,
gran actor y gran amigo*

El autor

DRAMATIS PERSONÆ

EL REY ALFONSO II DE LEÓN, llamado el Casto.
LA INFANTA DOÑA JIMENA, abadesa y hermana del rey.
BERNARDO DEL CARPIO.
EL CONDE DE SALDAÑA, DON SANCHE DÍAZ.
LA PRINCESA ESTELA.
DON ALVAR. }
DON FERNÁN } Caballeros leoneses.
DON BERMUDO }
EL OBISPO DE LEÓN.
LA DUEÑA.
MOCHUELO.
LAS DOS SIRVIENTAS DE LA PRINCESA.
EL CARCELERO.
DOS CAPITANES DE MESNADA.
EL REY MORO ABENAMAR.
GALVÁN.
ABINDARRÁEZ.
ALIATAR.
DOS PAJES.
LOS NOBLES.
LOS PECHEROS.
LOS POBRES.
LA HUESTE DE BERNARDO.
EL PUEBLO DE LEÓN.

Nobles, servidores del alcázar, cautivos francos, monjas,
soldados moros, pajes, sacerdotes, gente del pueblo de
toda condición y edad.

Se estrenó bajo la dirección de don Francisco A. de Villagómez, con el siguiente

REPARTO

<i>Alfonso II de León</i>	Sr. Puigmoltó.
<i>Doña Jimena</i>	Sra. Sala.
<i>Bernardo del Carpio</i>	Sr. Villagómez.
<i>El conde de Saldaña</i>	» Granda.
<i>La princesa Estela</i>	Sra. Molgosa.
<i>Don Alvar</i>	Sr. Rivero.
<i>Don Fernán</i>	» Córdoba.
<i>Don Bermudo</i>	» Alvarez Segura
<i>El obispo de León</i>	
<i>La dueña</i>	
<i>Mochuelo</i>	Sr. López Alonso.
<i>Sirvienta 1.^a</i>	Srta. Mareca
<i>Sirvienta 2.^a</i>	» Mareca (J.)
<i>El carcelero</i>	Sr. Lombía.
<i>Un capitán</i>	» Sala.
<i>Abenamar</i>	» Girandier.
<i>Galván</i>	» Vázquez.
<i>Abindarráez</i>	» Cifuentes.
<i>Aliatar</i>	» Ramírez.
<i>Paje 1.^o</i>	Srta. Pelfort.
<i>Paje 2.^o</i>	» Plaja.



ACTO PRIMERO

Gran patio en el alcázar del rey Alfonso II el Casto en León. Al fondo, la puerta que comunica con el exterior; a la derecha, en primer término, las habitaciones reales. Al lado opuesto, las de la princesa Estela. En primer término, a este lado, un mirador, y más hacia el fondo, la escalera por donde se descende al patio. La arquitectura, tosca, primitiva, tiene aún todo el carácter visigodo, sombrío y melancólico, que hoy atenúa la luz de una alborada primaveral, que ríe y triunfa con sus resplandores y con el viento cargado de los aromas de las flores primerizas, que orea el patio en aquella mañana vibrante y cristalina.

ESCENA PRIMERA

LA DUEÑA, SIRVIENTA 1.^a, SIRVIENTA 2.^a, MOCHUELO,
PECHEROS (hombres y mujeres).

(En la escena la dueña y las dos sirvientas van dando órdenes a varios pecheros, hombres y mujeres, que, cargados con cestas de frutas, sacos de trigo y canastas llenas de pan recién cocido, entran en el patio.)

LA DUEÑA Dejad aquí los sacos; las banastas de pan caliente al pie de la escalera y las cestas de frutas a su lado...

(A unos villanos que, sin cuidado, dejan caer los sacos.)

Sed cautelosos, duerme la princesa.

(Prosigue dando órdenes mientras las sirvientas, en primer término, dicen:)

SIRVI. 1.^a ¿Visteis, hermana, qué lozanas frutas?

Bernardo. — 2

SIRVI. 2.^a ¿Y el pan reciente, que, en las anchas ces-
no cabe y rebosando se derrama? [tas

SIRVI. 1.^a ¿Y los sacos de trigo?

SIRVI. 2.^a ¡La riqueza,
válame Dios, que hoy se derrocha!

LA DUEÑA (Que se ha adelantado, terminada su tarea, dice riendo:)
¡Moza,

no era así, cierto, en tiempo de la guerra!

SIRVI. 1.^a ¡Y es caridad!

LA DUEÑA ¡Nuestra princesa Estela
despertará de tantas bendiciones
como dirán los pobres!

SIRVI. 2.^a ¡En las huertas
no queda un fruto!

SIRVI. 1.^a ¡Ni en los campos trigo!

LA DUEÑA ¡Y en los molinos sigue la molienda!

SIRVI. 2.^a ¡En las artesas nueva harina cae!

LA DUEÑA ¡Y de cocer los hornos aun no cesan!

(Mochuelo y los demás pecheros, terminada la tarea, se
agrupan al rededor de las tres mujeres bajo el mirador
de la princesa.)

SIRVI. 1.^a Y farsas de villanos esta noche
harán.

SIRVI. 2.^a Música y danza en la pradera.

SIRVI. 1.^a ¡La guerra terminó!

MOCHUELO Nunca termina
mientras el moro de las tierras nuestras
no sea lanzado.

SIRVI. 2.^a Sí; mas hoy, triunfantes
llegan las huestes a León.

MOCHUELO Y de ellas
viene a su frente mi señor Bernardo.
Los doce pares sojuzgó su diestra;
venció aquel emperante tan temido
por su poder y por sus grandes proezas.

SIRVI. 2.^a Y al paladín Roldán quitó la vida.

LA DUEÑA Como salió sin daño en la pelea,
por él derrama todo este tesoro
a manos llenas la princesa Estela.

(Con misterio.)

A un mismo yugo llevan hoy uncidos
sus corazones...

(Entretanto la princesa, que había aparecido en el mirador y ha oído las últimas palabras, interrumpe a la dueña; los villanos, al verla, se descubren respetuosamente.)

ESCENA II

Dichos y la PRINCESA ESTELA

ESTELA

Dueña bachillera,
moviste bulla con tu necia charla,
¿y no te acucia que hay larga faena
y que hoy a todos nos debemos? Mira
estos villanos, que tan sólo esperan
el salario ganado... ¿No reparas
que a la alegría no hay que detenerla,
y ellos están ansiosos de tus manos
para correr a la ciudad en fiesta,
que se dispone a celebrar el triunfo?
¿No sabes que quizá se aguarda fuera
la esposa con el niño entre los brazos,
la moza que al galán con ansia espera,
la vieja madre, el padre tembloroso,
que gusta de narrar hechos de guerra
a los mozuelos? Paga la soldada,
derrama los dineros y las puertas
abran a todos, para que aquí lleguen
y cada cual, si no lo que desea,
pueda llevarse en caridad la gracia
de que rebosa el corazón. Es fiesta
de gloria hoy para León, de gozo,
de caridad, de amor. Abran las puertas,
dejen pasar a todos los que sufren,
que mi alegría es tanta, tan intensa,
que inundará los corazones todos...

(Mochuelo, llevado por su entusiasmo, interrumpe a la princesa con sus gritos, que corean los villanos.)

MOCHUELO ¡ Sea bendita !

LOS PECHEROS ¡ Santa !

LAS SIRVIENTAS ¡ La princesa !

LA DUEÑA Abrid las puertas, ya que así lo manda.

ESCENA III

Dichos y POBRES (dos mujeres y tres hombres).

(Entrando por la puerta abierta, van penetrando los pobres; pausadamente y en silencio respetuoso se distribuyen por la escena. Suenan en lejanía unas campanas en la claridad matinal.)

SIRVI. 1.^a (A Mochuelo.)

Dile canción, villano, a la princesa.

MOCHUELO No me atreviera, que quizá no guste ella de mis canciones.

SIRVI. 2.^a ¡ Dila aprisa !

(La princesa aparece en lo alto de la escalera. El viejo Mochuelo, a quien todos rodean, empieza a recitar con voz trémula, que poco a poco va tomando fuerza y sonoridad.)

MOCHUELO Princesica, la princesa,
la de los ojos tan claros,
princesica, la princesa,
la de las nevadas manos,
la de mejillas rosadas
y el andar acompasado,
la del brial de velludo
bien ricamente bordado,
la que tiene en los cabellos
del trigo los oros claros,
la de la voz tan suave
cuyo hablar parece canto.
Armado de todas armas
y en un brioso caballo,
por los caminos avanza
tu galán enamorado.
Unos dicen : es un rey.
Otros dicen : es el Santo
Apóstol que está en Galicia,
nuestro señor Santiago.
Palpita tu corazón
al trotar de su caballo,
su nombre no te diré

pues lo tienes bien guardado
 en lo más hondo del pecho,
 sagrario de enamorados.
 Princesica, la princesa,
 que el Señor sea loado,
 pues si enemigos venció
 fué sólo por serte grato.
 Princesica, la princesa,
 él será muy bien pagado,
 si por limosna, a sus besos
 ofreces tus blancas manos,
 que si a tus puertas llamó,
 como mendigo ha llegado.
 ¡ Princesica, la princesa,
 la de los ojos tan claros !...

(Ríen las sirvientas. La princesa, que ha descendido al patio, se sonroja; los pobres van arrodillándose a su paso, mientras ella, ayudada por las sirvientas, reparte la limosna. Un coro de bendiciones se alza a su entorno. En la puerta aparece un hombre con la faz oculta por un fieltro y envuelto en una capa oscura.)

ESCENA IV

Dichos y BERNARDO.

POBRE 1.^o ¡ Sea bendita !

POBRE 2.^o Ella es nuestra madre.

POBRE 1.^a ¡ Piadosa mano !

POBRE 2.^a ¡ Corazón de oro !

POBRE 3.^o Y más dulces aún que sus limosnas
 son sus palabras.

POBRE 2.^a Torna más sabroso
 el pan si ella lo toca antes de darlo.

POBRE 1.^a ¡ Sea bendita !

POBRES 2.^a Y 1.^o ¡ Santa !

ESTELA Mas vosotros,
 quedos, amigos ; pues si llegáis tantos
 para besar mis manos, ¿ cómo a todos
 podré yo hacer la caridad ?

SIRVI. 1.^a Ya hincados,

ante sus pies todos están de hinojos.
SIRVI. 2.^a Menos aquél, que permanece erguido
en la puerta.

SIRVI. 1.^a ¿Por qué, como los otros,
no te arrodillas a sus pies, villano?

BER. Dijiste bien, la moza. ¿Por qué no he de incli-
[narme
y, como pordiosero, venir a arrodillarme,
pidiendo una limosna que acaso me ha de dar?
¿Si tiene manos candidas cual cera de panales,
si son como agua pura de ocultos manantiales,
si son como dos palmas que el viento hace incli-
[nar?

(Todo el rumor de los pobres ha callado; ella se vuelve para
escucharle. El prosigue:)

Las veo sobre la gente pasar cual dos palomas
que de un vergel lejano nos traen los aromas,
aroma que es un bálsamo sobre la herida cruel.
Son tal como dos rayos de sol en la espesura,
tienen de una abadesa la noble compostura,
son manos que bendicen y esparcen leche, miel,
que saben amasar el pan dentro la artesa
y en cinta de velludo una guerrera empresa
bordar sus dedos ágiles, y saben esparcir
la caridad, cual viento cargado de semillas,
y saben enjugar el llanto en las mejillas
y que se trueque en risas todo cruel sufrir.

Dijiste bien, la moza. ¿Por qué a sus pies ren-
[dido

no estoy para ofrecerle mi corazón herido?

¿Mas sabes tú, cuitada, si me sabrá curar?

Si me ha cubierto el polvo de todos los caminos
y me ha azotado el aire de todos los destinos,

¿la paz que voy buscando aquí la he de encon-
(A ella.) [trar?

Manos que sois promesa a todo el que padece,
manos que sois cual ramo de lirios que se ofrece
al aire en un aroma, como salutación

de paz al caminante; manos que han consagrado
la caridad, los besos, al verme así inclinado,
tomad piadosamente mi herido corazón.

(Los pobres, lentamente se han ido retirando hacia el fondo,

y él se ha adelantado hasta media escena. Ella, sin volverse, dice:)

ESTE. Recuerdo yo unos labios que un día me dijeron :
«De rosas encendidas mi corazón cubrieron
tus manos de princesa, si sangra al caminar...»

BER. Herido por espinas de las abiertas flores,
serán tornados goces por ellas mis dolores,
pues al caer la sangre, las rosas han de dar
todo el sutil aroma que hurtaron envidiosas
a tus benditas manos el día que, amorosas,
al huerto arrebataron sus flores para mí.

ESTE. Y mientras en los campos su aroma al viento
[dieron
las manos nuevas rosas en el vergel cogieron.
¿Sabrás también, osado, si fueron para ti?

(Rompe a reír él, y al ver que los pobres ya han desaparecido, tira el fieltro y el manto, y estallando en frenética alegría dice:)

BERNARDO ¡ Por fin llegué, por fin ! ¡ Oh mi divina
princesa ! ¡ Cuántas veces el deseo
me ha atormentado ! Deja que mis besos
caigan sobre tus manos a millares.

ESTELA Osado, ¿cómo aquí solo llegaste
la hueste abandonando? ¿No temías
ser descubierto?

BERNARDO Fuera de las puertas
esperando dejé a todos los míos.
¡ Solo llegué para poder decirte,
antes que al rey, antes que a cualquier otro,
mi victoria ! ¡ Oh Estela ! he de pedirle,
en pago de mi hazaña, que conceda
tu mano al caballero que sus tierras
libró del yugo del francés.

ESTELA Preciso
es ya que marches; pueden sorprendernos ;
y el rey, si ve que solo aquí llegaste,
se irritará.

BERNARDO ¿Al corazón que aguija
amor con sus saetas, detenerlo
quién puede?... Mas no temas ; presto torno
al frente de los míos, en la gloria
del pueblo aclamador, a los divinos

resplandores que arranque de las armas
el sol, entre el cantar de las campanas
y los gritos de triunfo de las gentes.

(Las sirvientas, que estaban al fondo, se acercan con la
dueña, que dice a Bernardo:)

LA DUEÑA La misa matinal a su fin toca
señor, y el rey vendrá.

ESTELA Huye. Precisa
no nos sorprenda.

BERNARDO Huyo. Mas se queda
mi corazón contigo.

(Vuelve a tomar la capa y el fieltro y desaparece por el
foro. Estela permanece inmóvil. A poco aparece el rey,
acompañado del obispo de León, de la infanta doña Ji-
mena, de don Fernán y otros caballeros; a la infanta
abadesa acompañan varias monjas.)

ESCENA V

Dichos menos Bernardo. EL REY, EL OBISPO DE LEÓN, DOÑA
JIMENA, DON FERNÁN, caballeros y monjas.

LA DUEÑA ¡ Oh mi señora !
¡ Si el día hoy ha lucido sonriente
fué para vos !

ESTELA ¡ Dios te oiga !
SIRVI. 1.^a ¿ Y no ha de oirla
si es justicia tan sólo su deseo ?

(Aparece el rey con don Fernán, don Bermudo, el obis-
po de León, don Alvar, y seguido de caballeros. Al ver
a la princesa se detiene.)

EL REY ¡ Os he echado de menos en la misa,
princesa !

ESTELA Perdonad, señor ; me tuvo
atada aquí la caridad. Los pobres
me entretuvieron.

EL REY Bien está acordarse
de los que sufren, mas no dar a olvido
a nuestro Redentor.

ESTELA Sólo en su nombre
la caridad yo repartí y en gloria

- del triunfo, señor, de vuestras armas.
- JIMENA Hija mía, cumplisteis como buena,
pues Dios ama al igual las oraciones
como el consuelo que por él se otorga
a todo el que padece.
- FERNÁN ¡ Y se celebra
con ello nuestro triunfo !
- EL REY (Hoscamente.) ¿ Nuestro triunfo?...
¿ A la causa de Cristo, qué servicio
se hizo con tal victoria ?
- OBISPO Vuestra tierra,
señor, con ella del francés oprobio
salvamos.
- EL REY Fué locura, fué locura
acceder al designio del mozuelo.
Entretanto, decid : ¿ quién a los hijos
del profeta detiene ?
- FERNÁN Libre el reino
del yugo del francés, nuestros esfuerzos
han de juntarse por tan santa causa.
- EL REY Por ello yo debí ceder el reino
a Carlomagno, para que la fuerza
de su imperio glorioso, a los odiados
árabes aplastara.
- OBISPO (Duramente.) Carlomagno,
en su corte ha tenido embajadores
infeles y con ellos ha tratado.
La tierra que defienden las reliquias
del glorioso Santiago, necesita
sólo los brazos, para protegerla,
de sus hijos.
- EL REY Me basta. No os pedía
consejo, ni es la hora para ello.
(Los otros, corridos, callan. El rey dice a la princesa :)
Y vos, princesa, demostrad más celo
para servir a Dios, sin un oculto
designio, pues noté que preguntasteis,
mientras duró la guerra, demasiado
por cierto caballero aventurero
que guiaba las huestes. No me place,
¿ entendéis?...
- ESTELA (Asustada.) ¡ Oh, señor !

JIMENA ; Hermano !...

EL REY (En voz baja.) Deja.
¿ Tú también ?

JIMENA ; Yo también ! Quiero rogarte...

EL REY ; No he de oírte !

JIMENA (Altiya.) ; Has de oírme aunque te pese !
(El rey se queda mirándola fijamente, pero, ante los ojos altivos de la infanta, queda vencido y dice :)

EL REY Caballeros, salid, y vos, princesa, dejadnos también ya. Con la señora infanta yo he de hablar y aquí me place. Salid. Y cuando toquen las campanas aquí os llegais a recibir las huestes.
(La princesa Estela, seguida de la dueña y las dos sirvientas, se va por la escalera del fondo. El obispo, don Fernán y los otros caballeros, con las monjas que acompañaban a la infanta, entran en la parte del alcázar destinada al rey; éste, mirando fijamente a su hermana, dice :)

ESCENA VI

EL REY y DOÑA JIMENA.

REY Podéis hablar, señora.

JIME. Al rey no me dirijo, diríjome al hermano ; aquel que por las huertas conmigo, cuando infante, corrió ; cuyos cabellos el viento con los míos mezclaba, en los alegres juegos de nuestra infancia...

REY (Impaciente.) Decid, más pronto.

JIME. Escucha : Las huestes triunfantes a la ciudad regresan del más fuerte enemigo que pudo amenazarte. Al frente va un caudillo sin nombre, sin divisa. ¿ Por qué no se la das ?

REY Señora, no comprendo...

JIME. (Muy humildemente.) El crimen cometido por otros, ¿ por qué causa él tiene que pagarlo ? Su padre un nombre tuvo por todos bien honrado ; fué de prosapia ilustre.

¿Será que tu justicia

No. Vive, vive por mi indulgencia.

¿Vive?

Q

En

iJ

Es vana la porfía.

De hinojos suplicante, me he de postro

he de besar el polvo que azoten tus pisadas,

te he de seguir cual sierva, y has de atender mi

[ruego.

Perdona, compasivo, por una vez tan sólo...

postrada así y llorando como infeliz pechero?

Alzad, señora, alzad ; que en vos no es comedido

postraros de tal suerte, ni en mí es escucharos

justicia. Vuestras tocas...

latió debajo de ellas con insensata fuerza

para estallar al fin. Defiendo lo que es mío,

aquello que quitarme no puede tu corona,

pues es algo divino que Dios dejó en mi alma.

Precisa te recuerde, si ciñes la diadema, | ta ;

qué mano la hizo fuerte sobre tu frente augus-

que si hoy no eres cautivo de los soberbios fran-
[cos,
su esfuerzo en Roncesvalles te libertó de opro-
[bio ;

que si los del profeta respetan tus pendones
lo debes a él no más. Medítalo, y no olvides
que el pueblo en él adora.

REY (Furioso.) Basta. Que yo consejo
no te pedí.

JIME. Consejo no puedo ni he de darte,
sino decir aquello que es justo y es notorio.
Señor Alfonso el Casto, rey de León, mi her-
[mano,
mi voz, aunque te pese, has de escuchar. La
[vida,
la juventud que ahogaste en mí, matar no pue-
[des
ahora ya en Bernardo ni en la princesa Estela.

REY ¿Osas amenazarme?

JIME. Tu fuerza, tu corona,
son polvo que dispersa el huracán, si a ellas
se opone Dios, que te habla ahora por mis la-
Harto el dolor reinó ; tu esposa reducida [bios.
a la quietud de horror de un monasterio frío ;
mi juventud perdida, tus deudos en la angustia
de ver tu rostro airado. Calladas tus ciudades,
en soledad y rezo. Pues bien, llegó la hora
de libertad, precisa que toquen las campanas
a gloria triunfalmente ; que estén los corazones
vibrantes de alegría ; que brote en primavera
la tierra donde sólo reinó el helado invierno.

REY ¡ Poseña estás !...

JIME. Poseña de vida, de justicia.
Me inspira Dios, me inspira su voluntad divina ;
toda la fuerza angusta que ahogaste en mí hoy
[estalla.

Rey don Alfonso teme, que al que negó la vida,
la vida perdurable también será negada.

Que a Dios no hay quien se oponga, y si ahora
[me rechazas,
rechazas a tu Dios.

REY Aléjate, no quiero
oírte.
JIME. Roto está mi yugo. Accede, accede.
REY El rey sobre los hombres domina.
JIME. Dios sus plantas
puso sobre las frentes de reyes.
REY' ¡ Basta !
JIME. ¡ Nunca !

¡ Tienes que oírme !
REY ¡ Atrás, posesa del demonio,
monja que mancillaste las tocas veneradas !
JIME. ¡ Mientes, que por tu causa fueron de oprobio
[llenas
cuando sobre mi cuerpo mortaja las tornaste !
(En este momento se oyen las campanas de la ciudad, que,
lanzadas al vuelo, tocan a gloria. Después, al son de las trom-
petas de la hueste y la gritería del pueblo que se acerca, el
rey dice :)

REY ¿ Oíste ?
JIME. ¡ Sí ! Es la gloria del pueblo que le aclama,
viene hacia aquí rodeado de multitud que grita,
la hueste vencedora le sigue delirante,
avanza triunfalmente. Escucha al pueblo, es-
[cucha.

El reino libre está. Y en la radiante gloria,
del sol que arranca chispas de las bruñidas picas,
al son de las campanas, al son de los clarines,
entre los ondeantes pendones él se avanza.

(Entran en la escena nobles, el obispo, don Fernán, las mon-
jas que acompañaban a la infanta, pajes, gente de armas, la
princesa Estela, con la dueña y sus sirvientas. Al fondo se ve
la multitud, que se arremolina y grita. Siguen tocando las cam-
panas y los clarines suenan cercanos.)

ESCENA VII

Dichos, el OBISPO, DON FERNÁN, la PRINCESA ESTELA, la
DUEÑA, PUEBLO (3 hombres y comparsas), Sirvientes, monjas,
gentes de armas.

HOM. 1.º ¡ Viva el del Carpio !
HOM. 2.º ¡ Gloria a su triunfo !

HOM. 3.^o ¡ Victoria !

HOM. 1.^o ¡ Gloria !

HOM. 2.^o ¡ Viva el bien amado !

(Unos pajes han colocado sobre los hombros del rey el manto y en su frente la corona. De pronto, por el fondo, entran con ímpetu los soldados, que invaden el patio. Llevan cautivos franceses, que arrojan a los pies del rey, y ellos levantan las lanzas y golpean los escudos. El entusiasmo llega al frenesí. Entonces aparece a caballo (1) Bernardo, que llega hasta mitad de la escena ; cuando, después de inclinarse ante el monarca, levanta el brazo, se produce un silencio absoluto.)

ESCENA VIII

Dichos, BERNARDO, soldados y cautivos.

BERNARDO Ya que tan alto me alzasteis
 al confiar a mi mando
 las huestes vuestras, señor,
 ved si como a bueno os pago.
 Del yugo del franco audaz
 vuestro reino he libertado,
 pues que su orgullo doblé
 como la rama del árbol
 al poder del huracán
 sobre el bosque desatado.
 Dios fué en la lid con nosotros,
 dando fuerza a nuestro brazo,
 y la corona imperial
 con las plantas mancillamos.
 Con ella los doce pares
 también el polvo besaron,
 Y Roldán, el paladín,
 postrera fuerza mostrando,
 cayó sin vida a mis piés,
 en roja sangre bañado.
 No le dió fuerza el orgullo,

(1) De no ser así, lo llevan sobre un escudo, cubierto con los mantos.

la lanza ni el buen caballo,
no le valió el que vencido
fuera Agracán por su mano,
ni que un día al fiero Almonte
el rico cuerno preciado
ganara ; no le valió,
que Dios dió fuerza a mi brazo,
y al que lo alienta el Señor,
no le arredran los encantos.
Huyeron, y tras los montes
la vergüenza han ocultado
que les mancilla las frentes,
y la noche, con su manto,
piadosa cubrió la lid,
donde tu reino salvado
de las manos del francés
fué, no por fuerza de brazo,
sino por mano de Dios,
señor de vidas y estados.

HOM. 1.º

¡ Viva !

HOM. 2.º

¡ Viva !

FERNÁN

¡ Haced silencio,

que el rey va a hablar !

EL REY

Fuera osado,

Bernardo, que en este día
no hubieran gozo mostrado
los hombres todos, y el rey
primero que sus vasallos.
Ya que el Señor lo dispuso,
para siempre sea alabado,
que la gloria de los reyes
la vida de los villanos,
el triunfo y la derrota,
los tuvo siempre en su mano
y las concede al más digno.
Sea por siempre loado ;
que yo humillo mis victorias
a sus pies.

BERNARDO

HOM. 1.º

¡ Al bien amado
gloria !

BERNARDO

Y al rey, mi señor,
aclamad, pues su mandato

las huestes me confió.

¡ Gloria al rey Alfonso el Casto !

(Desciende del caballo y va a arrodillarse delante del rey, a quien besa la mano.)

Y ahora, señor, ya que libré la tierra del yugo del francés, dame la mano a besar, esta mano en que se encierra toda mi dicha. No ha de ser en vano mi súplica ante ti ; hora es de gracia. La victoria a tus pies cayó vencida, castigado el francés en su falacia, y libre es ya la tierra que, oprimida, gimió bajo su yugo.

EL REY . . . ¿Qué deseas?

BERNARDO De los reyes justicia es ornamento,
pero son de su cetro las preesas
mejores, liberal comportamiento
y un corazón piadoso.

EL REY Pues creyera
que acaso una lección pretendes darme.

BERNARDO Nadie en presencia mía se atreviera
a tal desmán ni yo he de aventurarme...

EL REY Acaba pues.

BERNARDO Señor, a la princesa
Estela por esposa...

EL REY (Airado, interrumpiéndole.) ¿Dónde, osado, llegaste con tu audacia?

JIMENA Hermano...

EL REY Cesa,

que yo he de hacer que sea castigado
quien a tanto se atreve en su porfía.

BERNARDO Señor, yo solamente he suplicado,
por esta vez, quando derecho había
por otras cien no ha demandar tus dones,
sino a pedir el pago a mis proezas
por quanto he paseado tus pendones
en el triunfo de indómitas empresas.
Me obligas, y me pesa, a recordarte
de quando, por mi lanza, en Benavente
presuroso acudía a libertarte
de entre las manos de moruna gente.
De como en Badajoz quedó vencido

Almaza por mi esfuerzo, y tú, triunfante
de don Bueso, a mis pies de muerte herido.
De Ores, que, llorando suplicante,
llevé ante ti. También mentarte quiero
la lid de Polvoreda, donde tanto
mis brazos se cansaron en el fiero
luchar, que estuve enfermo del quebranto.
Recuerda que jamás para rogarte
del trono hasta las gradas he llegado ;
ve que es justo, señor, el demandarte ;
piensa que de ambición nunca he pecado.
Que si a tanto mis ojos se atrevían
mi esfuerzo fué por ti más atrevido ;
que si mucho mis labios te pedían,
de Amor, que me disculpa, estoy herido.
Señor, no has de negarle lo que pide.
He de negarme y ha de ser de suerte
tal, que el mancebo ya jamás olvide
la lección que he de darle...

JIMENA
EL REY

JIMENA
EL REY

Mas advierte...

Sí ; delante de nobles, de villanos,
he de acortar el vuelo al aguilucho.

BERNARDO ¿Qué me dices, señor?

JIMENA

(Al rey.)

¿Han de ser vanos
mis esfuerzos?

EL REY

(Después de una pausa.)

Por Dios que fuiste ducho
señor mancebo, al escoger el trance
para pedir ; mas juro que humillado,
tú tienes qué quedar en este lance,
al que ambiciones locas te han lanzado.
¿Tienes nombre ni escudo? ¿Quién la vida
te dió?

BERNARDO
EL REY

Rey don Alfonso...

Ya bastante

remiso anduve viendo que atrevida
tu lengua a mí llegó. Mas por Dios vivo,
que yo he de hacer que inclines esta frente
que al cielo alzaste en afrentosa audacia,
preguntándote sólo : ¿De esa gente,
quién abona tu nombre?

BERNARDO (Altivo.)

¡ La eficacia

de mis hechos !

EL REY

Cualquier aventurero,
puesto a soldado hiciera lo que hiciste,
que harto pagado estás siendo el primero.
Mas, ya que hasta tan alto te atreviste,
óyelo bien : Del crimen engendrado,
de unión infame, más que bastardía,
en un día de horror fuiste lanzado,
por tu vergüenza, por desgracia mía.

ESTELA

(Que ha ido siguiendo la escena, lanzando un grito, cae en brazos de sus sirvientas.)

¡ Cielos ! (Movimiento de espanto en la multitud.)

JIMENA

¡ Oh rey Alfonso ! ¡ Calla, calla !

EL REY

(Dirigiéndose a todos.)

Sabedlo todos : ¡ más que bastardía
mancha su origen !...

BERNARDO

(Furioso.)

Si no fuese valla
mi respeto, señor, yo te diría...

EL REY

¿ Qué dirías, osado ?

BERNARDO

(Fuera de sí.)

¡ Que mentiste !

EL REY

¡ Llegad, mis caballeros ! (Furioso.)

JIMENA

(Interponiéndose.)

¡ Deteneos !

EL REY

(Después de una pausa.)

Sí ; que si a tanto, osado, te atreviste
fué sólo por locura.

BERNARDO

(Vacilando.)

¿ Los trofeos
de mis victorias de baldón manchados ?
¿ Mancillado mi origen ?... ¡ Denme muerte
ya que fueron mis sueños dispersados,
si a tal rigor me condenó la suerte !

EL REY

¡ Pregunta, busca !... (Triunfante.)

BERNARDO

¿ Nadie será osado

a salir en tal lid en mi defensa,
viéndome en el dolor abandonado ?

¿ Nadie me ha de abonar en tal ofensa ?

(Al rey.)

Señor, yo te suplico...

EL REY

¡ No he de oírte,
pero pregunta a todos, interroga,
que el baldón y la angustia han de cubrírte
la faz !

(Entra en el palacio. Estela, en brazos de sus doncellas, es conducida por la escalera; el pueblo se ha ido dispersando.)

BERNARDO (Gritando.) ¡ Señor, que mi designio logra siempre lo que desea ! (Suplicando.)

Caballeros,
hablad, por compasión, que yo no puedo resistir... Don Fernán...

FERNÁN El responderos no es posible, que si, cortés, accedo, el rey...

BERNARDO Mentís, y os juro... (Al ver la actitud de don Fernán se vuelve al obispo.)

Hablad vos, padre, decid que el rey mintió.

OBISPO El rey no miente.

BERNARDO ¿Qué decís?

(Todos han desaparecido. Sólo, en el fondo, la princesa Estela, llorando en brazos de sus sirvientas, y la infanta doña Jimena contemplando a Bernardo.)

¿Lo juráis?

OBISPO ¡ Sí ; por la madre del divino Señor !

(Entra en el alcázar; Bernardo queda como sin poder hablar, pero al fin, con loca desesperación, grita :)

BERNARDO Cual fuego ardiente arde mi corazón. Mintió, mintieron todos, villanos y rastreros. Casta de perros cortesanos, que asintieron a mi ignominia, he de doblaros hasta arrancar el secreto que tortura mi corazón. Y el rey, el rey primero ha de hablar. (Va para dirigirse al alcázar.)

JIMENA ¡ Insensato ! ¿ Tu locura, donde te lleva, dime?... ¡ Atrás !

BERNARDO ¡ No ! ¡ Quiero saberlo todo ; fuérmame el destino !

JIMENA ¿ En alas de tu loco desafuero te atrevieras al rey ?

BERNARDO ¡ Abrid camino, señora !

JIMENA (Oponiéndose.) ¡ No ha de ser ! ¡ Atrás, osado !
¿ Acaso intentarías ? ...

BERNARDO ; Me ha ofendido !

JIMENA ; Es el rey !

BERNARDO ¡ ¡ El mi nombre ha mancillado ! !

JIMENA (Con gran fuerza.)

¡ Atrás... que Dios tu paso ha detenido !

¡ Atrás... que él es tu sangre ! ...

BERNARDO ; Horror !

(Cayendo de rodillas.)

¡ Señora,
libradme de mi duelo ! ...

JIMENA (Dominándole.)

¡ Aquí, postrado !

BERNARDO (Con desesperación.)

¿ Por qué de suerte tal me vi humillado ?

JIMENA ; Dios lo quiso, hijo mío ; llora, llora !

(Impotente ante tanto horror, loco de desvarío, cae llorando a los pies de la infanta, que eleva los ojos al cielo y le cobija con su manto.)

CAE LA CORTINA

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una estancia en el alcázar de Alfonso II. Al fondo, ancha puerta que comunica con una galería; a la izquierda, otra por donde se va a las habitaciones de la infanta doña Jimena. A la derecha, un corredor sombrío, que se pierde en la penumbra; a su lado, en primer término, una puertecilla baja. Es noche cerrada.

ESCENA PRIMERA

Varios nobles, DON FERNÁN, DON ALVAR y DON BERMUDO, en escena, conversando recelosos.

(Por la puerta de la derecha se ve amarilla claridad, como de cirios. De vez en cuando se oye el rumor de las voces femeninas que rezan.)

BERMUDO El rey estuvo duro en demasía.

FERNÁN No cumple el murmurar a caballeros,
y aquí menos. Sabed que las paredes...

ALVAR Oyen. Pero también llegó a nosotros
afrenta tal, que nos azotó el rostro
cual si de lleno nos hiriera.

FERNÁN (Irónico.) Creo,
señor, que no es la corte lugar digno
de vos. Pensad...

ALVAR (Altivo.) El pecho que mantuvo
erguido la coraza, no podía
inclinarse ante el peso de mercedes
livianas. Corazón que latió libre
ante los hierros de las lanzas siempre,
no ha de serle prisión nunca un alcázar.

como una maldición.

BERMUDO

Y tanto rezo,
causa pavor al pecho más osado.

(En esto, por la galería del fondo entra el capitán de mesnada y se dirige a los caballeros.)

ESCENA II

Dichos, CAPITÁN y DOÑA JIMENA (dentro).

CAPITÁN En servicio del rey, decid, señores :
¿a Bernardo del Carpio acaso visteis?

(Todos se inclinan.)

ALVAR ¡ Nada sabemos de él !

(Al capitán.)

¿De qué se trata?

CAPITÁN No lo puedo decir ; real servicio.

¿Y vos? (Dirigiéndose a Bermudo.)

BERMUDO Yo no le vi, de la mañana...

CAPITÁN (Dirigiéndose al fondo.)

Entonces, perdonad...

FERNÁN ¿Mas indicarnos
no podéis por qué causa se le busca?

CAPITÁN Lo ignoro ; sólo sé que el rey ordena
que se lo envíen sin demora.

FERNÁN Corro
a ver si doy con él.

(Salé detrás del capitán, de quien inquiera en vano.)

ALVAR (Riendo.) Que si desea
oculto estar, no habéis vos de encontrarlo.

(Queda la escena en silencio. Después se oye a doña Jimena, que sobre el murmullo del rezo de las mujeres dice desde dentro:)

JIMENA Señor que mi vida cubriste de duelo,
mis ojos de noche, mi rostro de llanto,
sumida en la angustia del duro quebranto
acude a quien ruega de hinojos consuelo.
Señor que iracundo me alzaste las manos
cubriendo de polvo la flor de mi vida,
si justo lo hiciste, perdona y olvida,
que somos de fango, que somos humanos.
Desgarra mis carnes, mis huesos tritura,

si azotas la tierra, perdona la mías,
y toma mi vida, que mucho no es ;
que aun leve ha de serme tu mal o tan dura.
Señor que mi vida cubriste de duelo,
mis ojos de noche, mi rostro de llanto,
Señor que ceniza me diste por n'anto.
y nieve en mi frente pusiste por velo.

(Los dos caballeros escuchan en silencio; a la mitad de las palabras de doña Jimena entra la princesa Estela cubierta la faz; los dos caballeros, al verla, incliniéndose a su paso, se marchan por el fondo. Ella va adelantándose, escuchando, hasta caer de hinojos en el dintel de la puerta de la izquierda, sollozante y desesperada.)

ESCENA III

PRINCESA ESTELA, en seguida DOÑA JIMENA, después
PAJES 1.º y 2.º

- ESTELA (Llorando.)
¿Por qué así en la frente me heriste, Señor?
Mis hombros no pueden tal cruz soportar ;
cual débil espiga me puedes tronchar...
¿Por qué así en la frente me heriste, Señor?
(Aparece en el dintel doña Jimena, que, alzando del suelo y abrazando a la princesa, dice, mientras desfila una larga hilera de mujeres que se pierde por el pasadizo de la derecha.)
- JIMENA Nunca de hinojos, que aquí está mi pecho
que ha de acoger piadoso vuestro llanto ;
con el mío a la par mezclado corra
ya que el consuelo yo no puedo daros.
- ESTELA ¡Oh señora, oh señora !...
- JIMENA Vuestros ojos
fijad en Dios. El solo ha de escucharos.
- ESTELA Decid, doña Jimena : ¿vos le visteis?
- JIMENA Mis sirvientas por él han preguntado
y nadie dió razón de donde se halla.
- ESTELA Sé que de orden del rey le van buscando
y temo por su vida... ¡ Si le hallaran !...
- JIMENA No os inquiete su suerte, he de salvarlo
con la ayuda de Dios.

ESTELA

¡ Que él os escuche !

JIMENA

Con la ayuda de Dios, que en el quebranto más duro ha de acudirnos.

ESTELA

¡ Oh señora !

¿ le amáis también ?

JIMENA

(Turbada.)

Mi prójimo es...

(Después de una pausa.)

¡ Le amo

como a tal !

(En este momento, por la galería del fondo pasan dos pajes, que llegan en direcciones opuestas.)

ESTELA

Ved, infanta, ved la gente toda qué dice...

PAJE 1.º

Qué, ¿ le hallaste acaso ?

PAJE 2.º

No di con él y recorrí el alcázar.

PAJE 1.º

Por la ciudad también lo andan buscando.

PAJE 2.º

¿ Qué diremos al rey ?

PAJE 1.º

Temo su ira.

(Desaparecen.)

ESTELA

(Con gran angustia.)

Doña Jimena, ¿ oís ?

(La otra no responde.)

(Con gran desesperación.) Pueden hallarlo...

¡ Y le darán la muerte ! Yo quería llegar a vos para poder rogaros que le busquemos juntas y su vida asegurar en sitio recatado, lejos de las miradas de los hombres, lejos del rey, que alzó contra él su brazo. ¿ Mas quién sabe si muerto de la afrenta está ya?... Es preciso que acudamos, señora, a socorrerle. Sed piadosa, a vuestros pies llorar le vi postrado, vos podéis ayudarme...

JIMENA

Sí, que acaso

su vida está en peligro...

ESTELA

¡ Yo le amo,

señora, comprended !...

JIMENA

Sí ; que esta gente

me da temor. Ansiosos van buscando...

¡ Oh rey Alfonso, duro hermano mío, contra tu sangre corres desatado !...

(Van a salir, pero el rey aparece por el fondo, precedido de un paje que lleva en la mano una antorcha.)

ESCENA IV

Dichos, el REY y un PAJE.

PAJE ¡ El rey !

ESTE. (Con un grito.) ¡ Jesús ! (Una pausa.)

REY Princesa, no os turbe mi presencia.
Y vos, doña Jimena, decid : ¿ con tanta prisa
donde vais ?

JIME. ¡ Rey Alfonso !

ESTE. (Suplicando.) Señor, ved esas gentes.

REY (Sin atenderla dice al paje :)
Quiero que permanezcan allí mis caballeros
y aguarden. Retiraos.
(El paje se inclina y sale. El rey, adelantándose, se sienta a
la izquierda, frío, impasible. Las dos mujeres le miran atterro-
rizadas.)

Decid, princesa, ahora,
lo que antes me contabais, pues ya no lo re-
[cuerdo.

ESTE. Tened piedad, señor... dad orden a los vues-
para que sus pesquisas se acaben... [tros

REY (Irónico.) ¿ Es que acaso
sabéis vos a quién buscan ?

JIME. ¡ Señor !...

REY ¿ Os preocupa
quizás aquel mancebo ?

ESTE. Por él piedad imploro.

REY Ya os dije esta mañana que no me complacía
vuestro interés... Dejad al rey con su justicia
y vos rogad por él si tanto os atormenta
el verle perseguido...

(La princesa cae, llorando, en un sillón. Doña Jimena, altiva,
se alza en el centro de la sala y dice :)

JIME. No es justo ni es cristiano
herir tan duramente a un corazón maltrecho.
¡ Ay de quien se entretuvo jugando con espadas,
que en el juego imprudente se ha de cortar las
[manos !

Rey don Alfonso, teme, que siento todo el reino
clamar contra tu brazo, que, cual funesto azote,

sobre él cayó. Recuerda que como en la balanza de un lado el pueblo está, del otro están los pe- y el pesador tú eres. No olvides que vigila [sos atento Dios tus actos, y guárdate que el peso haga bajar un plato dejando el otro al aire. Igual sé para todos, que a veces la justicia, si tan estricta es, se torna tiranía.

REY (Fríamente.)
No sé por qué, atrevida, me hablasteis de tal [suerte.

JIME. No vale fingimiento conmigo, rey Alfonso. Comprendo tus designios y sé cuantos recodos sombríos hay en tu alma...

REY (Rompiendo al fin.) Harta paciencia tuve, señora, al escucharos esta mañana. Ahora no puedo tolerarlo. Y vos, princesa Estela, disponed vuestras cosas, pues esta noche misma partimos para Oviedo... ¿Lo oísteis? Sin de-

ESTE. (Desalentada.) [mora.
No puedo así marcharme.
(A la infanta.) ; Interceded, infanta por mí !

JIME. Nada temáis, que en vuestra compañía yo partiré.

REY Señora, vos volveréis mañana a vuestro monasterio.

ESTE. ¿Lo oís? Quiere alejarnos de aquí, quiere dejarle sumido en abandono, hundido entre los muros del frío calabozo él que ama tanto el sol y el aire de los campos. Jamás, rey don Alfonso, a Oviedo he de seguirte. Que yo no soy vasalla de tu corona, atiende, y contra mí la fuerza de todas tus mesnadas, de todos tus secuaces y esbirros, no es bastante para llegarme, ya que nunca pleitesía te tuve que rendir, pues otra fué mi patria.

REY ; Si no sois mi vasalla, sois mi rehén ! (Furioso.)

ESTE. ¿Acaso, señor, a olvido diste, que si rehén yo fuera sería de Bernardo, quien, con su fuerte brazo, me conquistó?

REY (Furioso.) ; Callad ! Que harto prudente estuve

y harta paciencia fué dejar que así me hablarais.
En fin, como os parezca. Podéis hacer la mar-
[cha
según vuestros deseos. ¡ De grado o entre lan-

JIME. (Al rey, con un grito de indignación.) [zas !
¿Te atreverías, tú?

REY Si osabais resistirte:

JIME. ¡ Pues bien, llama a tus gentes !

REY ¿ Me retas ?

JIME. No, me opongo
a tu designio vil.

REY Soy tu señor.

JIME. ¿ Olvidas
que yo por rey no tengo sino al Señor de cielos
y tierra ; que al lanzarme tú mismo al frío claus-
me diste libertad de todo mortal yugo ? [tro,
¡ De Dios viene mi fuerza !

REY Su fuerza está más alta.

JIME. (Furioso.)

REY Entonces, que ella os valga. ¡ Aquí, mis caba-
[lleros !

(Aparecen al fondo el capitán de mesnada seguido de los no-
bles y soldados del séquito del rey, que se detienen al oír el
grito de doña Jimena.)

ESCENA V

Dichos, CAPITÁN, DON ALVAR, DON FERNÁN, nobles y soldados ;
después, PAJES 1.º y 2.º

REY ¡ Prended a estas mujeres ! ¡ Guardadlas en se-
hasta que yo disponga ! [guro

(Vacilando, el capitán, seguido de algunos soldados, va para
adelantarse, pero se detiene atemorizado.)

JIMENA ¡ Atrás !

REY ¡ Aquí los míos !

JIME. ¡ Atrás de nuevo os digo ! ¡ Maldito sea y tenido
como a villano vil aquel que ose ponerme
la mano ! ¡ Maldición a quien las santas tocas
se atreva a mancillar ! ¡ Las manos se le caigan
comidas por la lepra ! ¡ Su raza le maldiga
y sea abominado su nombre por sus hijos
y sirva de ludibrio a todos los mortales !

¡Atrás, que ni el rey mismo puede llegarme
[osado ;
que contra lo que Dios cubrió con su divisa
no valen sus poderes ni su corona de oro !

REY ¡Llevaos a la princesa !

ESTE. (Corriendo hacia la infanta.) ¡Señora, protegedme !

REY (A sus hombres, que vacilan.)

¡Si santas son las tocas que cubren a la infanta,
asilo a la princesa no son !

JIME. (Desprendiéndose rápidamente del manto y colocándolo sobre
los hombros de la princesa.) ¡Le son asilo !

(Todos retroceden, lanzando un grito de asombro. Una gran
pausa. Doña Jimena habla terrible y magnífica, mientras que
la princesa Estela cae de rodillas llorando a sus pies.)

¿Y qué haces, rey Alfonso, que de nuevo a los
[tuyos
no lanzas contra mí ? ¡ Es Dios quien te ha ven-
[cido !

REY ¿Qué fuerza me domina ? No debo, no, escu-
[charte.

¡Contra él y contra todos, tengo que hacer jus-
[ticia !

¡No puedo doblegarme a tu designio insano !

ALVAR Señor, que ello es justicia. Lo dice quien su
por vos en las batallas vertió. [sangre

REY ¡Todos iguales !...

FER. ¡Señor, confiad en mí !

REY Tú solo leal eres.

(A los otros.)

Vosotros, de traición estáis ahora manchados.

ALVAR Jamás traidor os fuí.

BERM. Si osaran nuestras manos
llegar hasta las tocas, haríamos ofensa
terrible a Dios.

JIME. Cesad. Que fuisteis más honrados
al rey desacatando que fieles a su ira.

REY Ya basta que humillado quedara el poderío
real por dos mujeres. (Una pausa.)

Seguidme, caballeros ;
el rey hace camino hoy mismo para Oviedo.

(Entra el capitán de mesnada y los dos pajes, que detienen al
rey.)

ESCENA VI

Dichos, el CAPITÁN y PAJES 1.º y 2.º; después BERNARDO.

CAPÍ. Señor, sednos propicio, ya que al mandato vuestro dimos cumplimiento. [tro

PAJ. 1.º En vano recorrimos todo el alcázar.

PAJ. 2.º Fuí por la ciudad buscando y no le pude hallar.

REY Si huyó de mi justicia, él mismo se declara culpable del delito.

(En esto, por el corredor de la derecha ha aparecido Bernardo, que, impasible hasta este momento, se avanza y dice, deteniendo al rey, mientras doña Jimena y la princesa Estela lanzan un grito de espanto.)

BERNARDO Señor, deteneos, que nunca el delito cubriera mi vida de oprobio y baldón; señor, deteneos, y oid mi razón, por gracia del nombre que hicisteis maldito. Por gracia de aquellas palabras crueles, por ley que os obliga a quien pide, atender. Si vengo de grado mi vida o ofrecer no pueden tacharse mis actos de infieles. Si origen funesto manchara mi vida, todo lo que tuve os vengo a tornar; alzóme la mano que hoy me hace humillar y os hace homenaje mi frente vencida.

(Queda en pie, con la cabeza inclinada.)

EL REY Inclina tu rostro y escucha la ley que contra ti vengo yo, justo, a dictar.

BERNARDO Tu más fiel vasallo seré en acatar, pues si fuí ofendido, lo fuí por un rey.

EL REY Oid, caballeros; oid, los pecheros; oid vos, la infanta, y vos, la princesa.

JIMENA (Al rey.)

Recuerda que el cielo es juez en la empresa, y sobre tu alma serán más severos sus duros designios si juzgas cruel.

EL REY Oid la sentencia: La vida le doy, mas como a vasallo le niego desde hoy,

al rey, fiero osando, quedó por infiel ;
y sea tenido por vil y traidor
quien bajo su techo lo quiera albergar,
quien bajo su enseña pretenda lidiar
faltando al decreto del rey su señor.

(Movimiento de espanto en los nobles ; la princesa, lanzando un grito, cae desvanecida ; doña Jimena va a hablar, pero se lo impide Bernardo, que, perdida la su-
misión, grita con altivez :)

BERNARDO Tú me lanzas de tu reino
 negándome por vasallo,
 mas olvidas, rey Alfonso,
 que así igual los dos quedamos.
 Que yo, sin patria ni nombre,
 miserable y deshonrado,
 puedo ser un rey sin reino,
 mas mi lanza y mi caballo
 bien pueden dármelo un día,
 cuando a ti te lo ganaron.
 Recuerda que igual a igual,
 los dos frente a frente estamos ;
 que si antes me ofendiste,
 era entonces tu vasallo ;
 mas si ahora me libraste
 del yugo, como a villano
 he de azotarte yo el rostro,
 aunque dé la vida en pago,
 si satisfacción no das
 de la injuria que has lanzado
 sobre mi origen obscuro.
 Y si acaso mancillado
 estoy, denme pruebas ciertas,
 pues si no, con estas manos
 juro a Dios que he de arrancar
 la lengua que me ha afrentado
 y la he de dar a comer
 a mis feroces alanos.

EL REY ¿ No sabes que la cabeza
 te estás jugando, menguado ?

BERNARDO Aunque la vida perdiere
 siempre he de salir ganando.

JIMENA ¡ Rey Alfonso, no lo escuches !

ESTELA
JIMENA

¡Piedad, señor !
Retiraos,
caballeros, os lo pido ;
(Al rey.)
¡y atiende mi ruego, hermano !

BERNARDO

(A la infanta.)
Dejad, señora, que a todos
preciso nos es quedarnos.
Si ante ellos me ofendieron,
ante ellos el desagravio
he de obtener.

EL REY

Una cárcel
donde tu orgullo domado
quedará y así los días
podrás pasar meditando
cómo audacias y soberbias
acaban en tan mal paso
que sirva de ejemplo a quien
quiera de nuevo intentarlo.

BERNARDO

¿No lo oísteis, caballeros?
Por testigos yo os reclamo
de la gratitud de un rey.
No ha de valeros el brazo,
ni la sangre derramada.
No ha de valeros que, acaso,
nunca a sus plantas llegarais
importunos suplicando.
Cual medida de ceniza
que el aire va dispersando,
son las gracias del monarca.
Igual como si un puñado
de agua intentarais guardar
en la palma de la mano.
Es llama a cuyo calor
nunca podréis calentaros ;
polvo que el viento dispersa ;
albergue siempre cerrado ;
pan que si hambrientos cogéis,
se os deshace entre las manos.
Justicia del rey es ésta ;
sepan nobles y vasallos,
como en tierra de León,

a mí, Bernardo del Carpio,
por pago de mis proezas
me dió el rey tan buen salario.
Sedme testigos vosotros
y juzgad si fué pecado
mi osadía. Juzgue el rey,
juzguen nobles y villanos
y a todos nos juzgue el cielo,
que en su gloria he batallado,
y no por la del monarca,
pues son mis hechos tan altos
que, si no los paga Dios,
en la tierra no hay sobrado
oro para un corazón
que todo un reino ha animado.

EL REY
BERNARDO

¡ Prendedle, prendedle presto !
¡ Nadie a ello sea osado,
que un reino prendéis conmigo,
y no habrá bastantes brazos
para tenerlo sujeto !
(Ningún caballero se mueve. Al rey.)
Ve ; ninguno ha adelantado
un paso para llegarme.
¡ Oye, pues, que aquí te emplazo
y te reto por traidor,
por infame y desalmado,
si mi origen no proclamas
limpio como el sol, preclaro,
más que el tuyo !...

EL REY

(Fuera de sí, al ver la actitud pasiva de su séquito.)

¡ Miserable !

BERNARDO

Y si fuera que obcecado
por la ira me afrentaste,
jura que estoy libre y salvo,
por la cruz del Redentor,
de tal baldón.

JIMENA

(A Bernardo.) ¿ Implorando
y arrastrándome de hinojos,
no puedo lograr acaso
que me escuches ?

ESTELA

¿ No podría
hacerte olvidar mi llanto... ?

JIMENA ¡ Has de ceder !...

BERNARDO ¡ No, dejadme !

ESTELA ¡ Oye mi voz !

BERNARDO ¡ Con mi mano
su rostro quiero azotar !

JIMENA ¡ Es tu rey !...

BERNARDO El, de vasallo
la condición me quitó.

Los dos iguales quedamos.

(Intenta lanzarse sobre el rey.)

JIMENA ¡ ¡ Pues pasa sobre quien vida
te dió ! ! ¡ ¡ Mi seno pisado
sea por tu planta audaz ! !

BERNARDO (Con un gesto de horror terrible, haciéndose atrás.)
¡ ¡ No es posible, no ! ! (Una gran pausa.)

JIMENA ¡ Cuitado !...

BERNARDO ¿ Vos ?...

(Por el rey.) ¿ El mi sangre ?... ¡ No, nunca !

¡ ¡ Por salvarle habéis hablado ! !

(Se deja caer en un sillón a la derecha, y, ocultando la cabeza entre las manos, llora, recostado sobre la mesa que está a su lado. El rey va a salir, mas se detiene al escuchar la voz de doña Jimena, y con él los caballeros.)

JIMENA No, no os marchéis. Permaneced conmigo, sedme testigos todos, que si llego a revelar lo que privado estaba, fuerza mayor me obliga a descubrirlo. Rey de León, acaso este momento sea el castigo que reservó el cielo para mi culpa y tu cruel venganza. Oidme todos, cual se escucha al reo sobre el cadalso confesar su crimen, que ha caído la hora inexorable en que medida tiene toda cosa. Oidme bien, vosotros, los más viejos, y recordad al conde de Saldaña, don Sancho Díaz, el que fuera ornato y honor de nuestra corte leonesa. Hirióme con su amor, y yo fui débil, y con baldón cubrí mi noble raza, su madre, llega hasta el rey y se arrodilla.)

quisiera hacerlo y en prisión sombría
pena el amor que fué del rey afrenta.

(Bernardo se levanta.)

Mas el crimen dejó tras sí la huella,
y el hijo que nació de mis entrañas
arrancaron crueles de mis brazos,
mi cuerpo amortajaron con las tocas,
escondieron en mi alma aquel secreto
hasta hoy, que la cólera implacable
del rey contra don Sancho, sobre el hijo,
inocente del crimen, se desata.

Y yo no puedo ver como mi sangre
contra ella se levanta ; que prefiero
la muerte a tal baldón. Todos vosotros
interceded por mí ; que el rey atienda
mi ruego ; den al hijo los honores
que al padre arrebataron ; a la vida
de libertad el conde sea devuelto
y déjenme el dolor y la ignominia
para mí sola, ya que fuí culpable
de tanto horror y tanto desvarío.

(Rompe a llorar desesperadamente. Bernardo la abraza.)

BERNARDO ¡ Oh madre mía, madre ! (Quedan abrazados.)

ESTELA (Acercándose al rey.) ¡ Rey Alfonso,
sed piadoso !

ALVAR ¡ Señor, ved que una madre
es quien suplica !

BERMUDO Si el perdón florece
en vuestros labios, vos seréis triunfante
y de todos bendito y aclamado.

(Quedan suspensos esperando la respuesta del rey.)

EL REY ¿ Mis nobles contra mí ? ¿ No habrá nin-
[guno
que permanezca fiel ? ¡ Harto piadoso
fuí con don Sancho... al dejarlo vivo !

FERNÁN Señor... (Acercándose al rey.)

EL REY Oid, si aún me sois fiel.

FERNÁN Mi vida

os pertenece...

(El rey le habla rápidamente en voz baja. Don Fernán
sale apresurado ; entretanto Bernardo, deshaciéndose de
su madre, llega hasta el rey y se arrodilla.)

BERNARDO ; Vedme suplicante
a vuestros pies, señor ! La vida mía
tomad, mas antes sea yo vencido
por la grandeza vuestra ; que mi padre
vea yo libre aunque después la muerte
halle por vos.

JIMENA ; Hermano !...
 ESTELA ; Rey Alfonso !...
 CABALLE. ; Señor !... ; Señor !...

(El rey gira los ojos en torno suyo y sólo ve rostros suplicantes; a su lado vuelve a estar don Fernán, que le entrega una llave.)

FERNÁN La orden ya está cumplida.
EL REY (Lanzando la llave a los pies de Bernardo.)

(Lanzando la llave a los pies de Bernardo.)
Esta es la libertad del de Saldaña.
(Bernardo besa impetuosamente la mano del rey; un grito de entusiasmo va a estallar pero el rey les detiene.)
No me aclaméis, pues sólo vuestras voces os han de proclamar por desleales.
Nadie me siga, parto para Oviedo.
Quedad aquí, que pronto han de llegaros mis órdenes. (Va para salir.)

[illegible]

EL REY Bástanme diez lanzas.
 (Amenazador.)

No tardaréis en recibir mis nuevas.

(Sale. Bernardo, lleno de júbilo, dice:)

BERNARDO ¡Ya tengo un nombre! ¡Ya en mis manos
la libertad de quien me dió la vida! [tengo
¡Oh padre mío, padre mío, corro
a ti, que estoy ansioso de tus brazos!
ALVAR ¿Sabéis dónde se halla?

BERNARDO ¿Qué me importa,
si tengo aquí la llave, y el alcázar
he de cruzar gritando : ¡ Sancho Díaz,
la libertad tu hijo viene a darte !
¡ La libertad, que es vida de la vida,
la luz del sol, los prados, los caminos,
el amor de los tuyos, el deseo
de abarcar contra el pecho, con los brazos

que entumeció la cárcel, tierra y cielo !

(Sale gritando:)

¡ Don Sancho Díaz, conde de Saldaña,
la libertad viene a ofrecerte tu hijo !

ESTELA

(Abrazando a doña Jimena.)

¡ Brilló, señora, al fin, la nueva aurora !

JIMENA

(Abrazándola y mirando al cielo.)

¡ Señor, Señor, tu bendición a todos !

BERNARDO

(Dentro.)

¡ Don Sancho Díaz, conde de Saldaña,
la libertad viene a ofrecerte tu hijo !

(Todos permanecen extáticos y admirados.)

SE CIERRA LA CORTINA

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una celda baja y abovedada que sirve de prisión a don Sancho Díaz. Al fondo izquierda una puertecilla, de donde se descende por varios escalones de piedra carcomida y negruzca. A su lado, y algo al centro, un angosto tragaluz. Acucarrado en el suelo está el conde de Saldaña, viejo de lengua barba y cabellos completamente blancos. Es ciego. Largo silencio al descorrerse la cortina. El prisionero parece dormido. Luego, en el tragaluz, aparece el rostro del carcelero.

ESCENA PRIMERA

SANCHO DÍAZ y el CARCELERO; hacia el final la voz de BERNARDO.

- CARCELE. Santa mañana Dios te dé...
(El prisionero no responde.) ¿No me oyes?...
¿Duermes, acaso?... ¡Juro que si viera,
en esta lobreguez, en la cabeza
te daba con el pan! (Otro silencio.)
¡Nada!... ¡Si has muerto
podías avisar!
- SANCHO (Despertando y alargando los brazos.)
¿Quién así grita?
- CARCELE. ¿Qué me queréis? ¡No os veo, pues soy
(Riendo groseramente.) [ciego!]
¿Me tomaste, quizá, por el verdugo?
Los troncos carcomidos no aprovechan
al hacha, viejo ruín.
- SANCHO ¡No oí la puerta

crujir sobre sus goznes !

CARCELE. Ni has de oirla
ya nunca más.

SANCHO (Con horror, medio incorporado.)

¡ Qué !... ¿ Me enterraron vivo ?
¡ Mas qué importa ! (Dejando caer los brazos.)

CARCELE. No sé. ¿ Ya no recuerdas
que un caballero, anoche, entró conmigo
aquí ?

SANCHO Oí chocar los acicates
sobre las frías losas... ¿ Qué quería ?

CARCELE. Pidió la llave por real mandato.

SANCHO ¿ Y nada más ?

CARCELE. (Turbado.) ¿ No oíste que la orden
venía del monarca ?...

SANCHO Oí unas manos
que tocaban el jarro donde bebo...

CARCELE. ¡ Tu oído te engañó ! (Cada vez más turbado.)

SANCHO (Dejando caer las palabras.) Y parecióme
que algo cayó dentro del agua.

CARCELE. (Con ansiedad terrible.) ¿ Acaso
bebiste ya ?

SANCHO (Después de una larga pausa.) ¡ Bebí !

(El carcelero queda con el rostro pegado al tragaluz
como si no pudiera hablar. Don Sancho se tiende sobre
el suelo.)

CARCELE. Vaya, acabemos ;
acércate hacia mí, y así en las manos
te pondré el pan.

SANCHO Deja. No he catarlo
ya nunca más. ¡ Como último servicio,
en mi nombre te pido que lo entregues
a un mendigo cualquiera !...

CARCELE. (Como disculpándose.) Yo...

SANCHO ¡ No temas,
mi perdón va contigo !

(El carcelero vacila como si quisiera hablar, mas desapa-
rece.)

¡ Ha de ser tumba
la cárcel dura en que corrió mi vida !

(Una gran pausa. Después se le ve que intenta arrodillár-
se, pero al fin, ante la ineficacia de su esfuerzo, queda
tendido, y con voz quejumbrosa reza :)

¡ Perdóname, Señor, si en esta hora
suprema no se postran mis rodillas
delante tu grandeza, que la vida
me va saltando, y todos los instantes
son pocos a implorar misericordia !
Venga la muerte, que jamás espanto
dió al pecho pecador, ya que mis días
pasaron como viento, y arrancaron
mis pensamientos los designios todos
del corazón. Pusiéronme la noche
por día en mis órbitas vacías,
y esperando, el sepulcro fué mi casa
y mi lecho dispuse en las tinieblas.
¿Dónde, dónde pondré yo mi esperanza
si no es en ti, Señor? Seme propicio
en la hora terrible de la muerte,
y mi alma se pese en la balanza
de tu piedad más que de tu justicia.

(Desfallecido, se acurruca en el suelo. Se extiende sobre
las cosas un grandísimo silencio. Luego, muy lejos, se
oye una voz que grita :)

BERNARDO (Dentro.)

¡ Don Sancho Díaz, conde de Saldaña,
la libertad viene a ofrecerte tu hijo !

(Una larga pausa; el prisionero permanece inmóvil
Vuelve a oírse la voz más cercana.)

¡ Don Sancho Díaz, conde de Saldaña,
la libertad viene a ofrecerte tu hijo !

(El prisionero levanta la cabeza.)

SANCHO

¿Quién pronunció mi nombre?...

(Queda escuchando. Después se oyen las voces de Ber-
nardo y el carcelero.)

BERNARDO (Dentro.)

¡ Sancho Díaz !

¿no estás tampoco aquí?

CARCELE. (Dentro.)

¿Quién de tal suerte

osa gritar?

BERNARDO (Dentro.)

Menguado, ¿me dirías
tú, si acaso lo sabes, qué puerta abre
esta llave?

CARCELE.

(También dentro.) Señor, es la del viejo...

(Don Sancho a duras penas ha podido incorporarse algo,
quedando apoyado sobre el codo.)

(Viendo al anciano.) ¡Aquí tendido
sobre las frías losas!

SANCHO (Suplicando de nuevo.) Di, ¿quién eres?

(Bernardo se arrodilla a su lado, y alzándolo, lo sostiene entre sus brazos.)

BERNARDO ¿No presentís? ¿El corazón no os dice nada? Creí que pronto adivinarais ;
la sangre nunca engaña.

SANCHO ¿Qué?...

BERNARDO ¡Tu hijo!

SANCHO (Abrazándose a él con ímpetu.)

¿Mi hijo? ¿Tú mi hijo?...

(Dejándose caer con desaliento.)

¡¡ No, mentiste !!

(Queda por la emoción sin sentidos. El carcelero ha penetrado con una antorcha encendida, que clava en un hueco de la pared, permaneciendo en la puerta. Bernardo, loco de dolor, se abraza sobre el anciano gritando:)

BERNARDO ¡ No, padre mío, no, que soy tu sangre,
que al fin vuelve hacia ti para salvarte,
que si tanto tardó, fué que en las redes
de una misma traición vivió sujeta !
Te traigo todo el aire de los campos,
y la gran ilusión de los caminos,
abiertos para ti ; la tierra toda
ha de parecer corta a tu caballo
cuando cabalgues ; todos los perfumes
de los prados en flor, poco a tu alma,
que si vivió encogida entre esas piedras,
ella ha de desplegar de tal suerte
que derrumbe los muros del alcázar,
pues no han de contenerla libertada.
¿ No oyes mi voz?... Una palabra sola
¡ Padre !... ¡ Señor !...

(Levantándose y corriendo hacia el jarro.)

¡ Acude, carcelero !

El jarro.

(Va para cogerlo, pero el carcelero, con un movimiento irresistible, se lo arranca de las manos.)

CARCELE. ¡ No, de esta agua no !

(Don Sancho ha vuelto en sí y al fin puede hablar.)

BERNARDO ¿Qué dices?

CARCELE. ¡ De orden del rey ! (Cayendo de rodillas)

BERNARDO (Con un grito espantoso y lanzándose sobre el carcelero.)

¡ Horror ! ¡ ¡ Y tú, asesino ! ! .

CARCELE. ¡ Piedad !

SANCHO (Alza los brazos temblorosos, y reuniendo todas sus fuerzas grita :) ¡ Detén la mano ! ¡ Yo lo quiero !

(Bernardo suelta al hombre y se acerca a su padre, sosteniéndolo entre sus brazos. Una pausa.)

¡ Si eres mi sangre llega a mí y escucha, que siento que la vida se desliza cual río impetuoso, y ya no hay fuerza capaz de detenerla !... ¡ Si ; en tus brazos hallo un nuevo calor ! ¡ Si me engañaste, por tu piedad tan sólo te bendigo !

BERNARDO ¡ No, padre, no !

SANCHO ¡ La muerte, la gran dama, con su manto de nieve se ha extendido sobre mi cuerpo ! Ella es una esposa que no se goza más que un solo instante. ¡ Una madre que sobre su regazo sólo una vez nos duerme, que nos besa sólo una vez, con beso tan intenso, que la vida nos toma ! Siento el frío cubrirme dulcemente, dulcemente. ¡ Señor, si fueron grandes mis pecados perdona !...

BERNARDÓ ¡ No es posible, no, que mueras, la vida que te falta yo la tengo !

SANCHO (En el desvarío de la agonía.)

Todo el tiempo pasado se realiza en este instante ; mas si fué mi vida tan breve, ¿ por qué, entrando ahora en mi [alma,

la hace estallar, pequeña a contenerlo ?

¡ Sí ; tuve un hijo... nunca pude verle, que me enterraron en la obscura celda, y a la mujer que, amante, entre mis brazos lo concibió, cubrieron con las tocas !

BERNARDO ¡ No habléis !

SANCHO ¡ Oh, sí ; pues quiero que mi vida quede extinguida en el postrer recuerdo

de aquella luz !... ¡ Un hijo !... Muchas veces
soñé que aquí llegaba a libertarme, [ces
pero después la noche de esta tumba
envolvió los recuerdos con su bruma
y por muerto me di. Es desvarío
el de tener al hijo entre los brazos ;
mas el Señor quizá fué compasivo
y con tal ilusión quiso endulzarme
mis últimos momentos.

BERNARDO No, te engañas ;
soy tu sangre, tu carne. Del rey mismo
tu libertad yo conseguí. La llave
de esta cárcel me dió, y al entregarla
me hizo traición. Que fui corriendo en vano
por todos los parajes del alcázar
llamándote, y tú, padre, no me oías.
¡ Dióme tu libertad, mas no tu vida !

SANCHO (Desfallecido.)

¡ Estréchame más fuerte !

BERNARDO (Intentando alzarlo.) Ven, salgamos.
¡ Fuera de aquí has de encontrar la vida
que te falta !

SANCHO Estrecha, siento frío...

BERNARDO De mi cuerpo el calor ha de animarte ;
sígueme.

SANCHO ¡ Resplandor no hay que disperse
mi noche !

BERNARDO (Furioso.) ¡ La venganza !

SANCHO ¡ Calla, calla !...

(Con un postrer esfuerzo ha logrado incorporarse y dice :)

¡ El perdón y el olvido !

BERNARDO (Desesperado.) ¡ Padre, padre !...

SANCHO Si eres mi hijo, como tú lo dices,
perdona y te bendigo... ¡ Si mentiste,
para hacer mi agonía menos dura,
te bendigo también !

(Imponiéndole las manos.) ¿ Por qué ¡ Dios mío !
no alcancé de tu gracia poder verle ?

(Desfallece. Bernardo se alza, sosteniéndole entre sus
brazos, y llama al carcelero para que lo ayude.)

BERNARDO Acude, da tu brazo, que es preciso
que salgamos de aquí...

(Entre los dos sostienen al anciano y lo llevan en alto unos cuantos pasos. Este, en el último extremo de la agonía, dice:)

SANCHO

El sol... el aire...

la vida está con ellos...

(Dando media vuelta, se desprende del carcelero y queda sobre el pecho de Bernardo.)

BERNARDO

(Desesperado.)

¡ Padre !... ¡ Padre !...

SANCHO

(Muriendo.)

¡ La vida !... ¡ No !... ¡ La vida perdurable quizá !...

(Queda muerto, y dulcemente se desliza de los brazos de Bernardo hasta el suelo, donde queda tendido. Bernardo, al darse cuenta, lanza un grito terrible. El carcelero se oculta el rostro entre las manos.)

BERNARDO

¡ No, padre, no, escucha, escucha ;
que es tu hijo quien te llama y no respon-
de ! [des !

¡ Padre, pues ya te hallé, morir no puedes.
que es falsedad entonces la justicia
de Dios !

(Gritando y sacudiendo el cadáver.)

¡ Oye mi voz ! ¡ Torna en ti !

(El cadáver, pesadamente, se desprende de sus manos.)

¡ ¡ Muerto !!

¡ ¡ Muerto !!

(Cae llorando sobre el cadáver ; se oye el rumor de gente que llega atropelladamente. El carcelero, al oírlos, sube a detenerlos. Bernardo alza la cabeza y medio incorporándose grita :)

¡ Maldito seas, rey Alfonso !
¡ rey traidor ! ¡ rey falsario ! ¡ rey perjuro !

¡ Mueras de mala muerte en un camino
a manos de rufianes, no de nobles !

¡ La confesión no alcance a tus pecados !

¡ Tu carne sirva para hartar los canes,
tus ojos sean pasto de los buitres,

tu corazón, un nido de serpientes,

tus huesos dispersados por la tierra,

y ni una cruz te guarde con sus brazos

ni quiera darte sombra ningún árbol !

(Don Alvar, don Bermudo, la infanta, la princesa, el

obispo y un tropel de caballeros han llegado hasta la estancia, contenidos por el carcelero. Don Alvar y don Bermudo descienden; detrás de ellos la infanta y la princesa; los otros se agolpan a la puerta; después, a medida que la acción avanza, van entrando y dispersándose por toda la estancia. Bernardo, que ha caído llorando sobre el cadáver, no se da cuenta de ellos. Un largo silencio, hasta que al fin doña Jimena, llegándose a él, apoya una mano en su hombro y dice:)

ESCENA III

Dichos, DON ALVAR, DON BERMUDO, DOÑA JIMENA, la PRINCESA ESTELA, el OBISPO DE LEÓN y nobles.

JIMENA ¡ Hijo mío... Bernardo !

(El, dándose cuenta de improviso, se levanta de un salto y clama, con un gran grito de feroz alegría:)

BERNARDO

¡ Ah, llegasteis todos a tiempo ! ¿ Acaso lo sabíais ya, y el rey os mandó que aquí vinierais para gozar en mi dolor ? Presente de libertad me dió con una llave, mas la traición me precedió en mis pasos, y mientras yo corría los parajes del alcázar, sin rumbo, entró la muerte en esta cárcel. Quiso que una tumba abriera con mi mano, más en ella aun vivo hallé al que me dió la vida. ¡ Aun más has de gozarte en tu venganza, Alfonso de León, cuando te llegue que espiró entre mis brazos !

(Imperioso.) ¡ De rodillas, de rodillas, y orad, ya que mi alma desde este instante, maldecir tan sólo puede ! Que al expirar sobre mi pecho, su vida recogí, y ahora dos vidas tengo ya para odiar, para vengarme !

(Permanece en pie, dominante, mientras todos se posttran. Al fin, impetuoso, don Alvar rompe el silencio y grita:)

ALVAR Jamás un rey traidor mande en nosotros,
y, puesto que en poder del enemigo
cayó, por rey alcemos a Bernardo,
que es de sangre real también.

BERNARDO ¿Qué dices?

JIMENA ¡No aceptes, no!

BERNARDO ¡Don Alvar, habla, habla!

ALVAR Un mensajero aquí llegó a advertirnos.
la desgracia del rey, que nos liberta.
Salió esta noche huído, avergonzado,
con diez caballos y otros tantos peones.
Tan sólo don Fernán le acompañaba.
Sorprendióle en el campo una gavilla
de moros, y en sus manos prisionero
quedó. Sólo un jinete mal herido
vino hasta aquí para contar la nueva.

BERNARDO ¿Y qué queréis de mí?

JIMENA Que con tus huestes
corras a libertarle...

BERNARDO ¿Yo?...

ALVAR ¡Los nobles
de León a un traidor por rey no quieren!

BERMUDO Te hacemos pleitesía.

(Una pausa. Después de los gritos.)

BERNARDO ¿Una corona
que vuestra no es me dais por esta vida
que ahora perdí? En poco la tasasteis,
que no vale León ni vale España,
ni todos los imperios, una gota
de mi sangre perdida. ¡Mi venganza
es tan sólo quien pueda darme el precio
del padre que perdí!

JIMENA ¡Hijo, perdona!

BERNARDO ¡Pero ya que vosotros de tal suerte
me honrasteis, os suplico que mis pasos
sigáis!

ESTELA ¿Qué intentas?

BERNARDO Lloro tú, mi sangre,
y reza.

JIMENA ¡Has de escucharme, sí!...

BERNARDO (A los caballeros.) ¿Me abona
vuestra lealtad?

ALVAR ¡ Contigo hasta la muerte !

BERMUDO ¡Nuestro brazo y la vida!

TODOS ¡ Manda ! ¡ Manda !

BERNARDO (Extático.)

En mi alma yo siento algo más fuerte
que la ambición de un reino, pues mis he-
pretendo coronar con una hazaña, [chos
hazaña tal, que sólo a Dios me acerque,
aunque me aleje de la humana gloria,
que ha de ser cual ceniza ante mis ojos.
Seguidme, caballeros, vuestras armas
tomad y cabalguemos. Las mujeres
recen por éste que aquí dió la vida,
no por nosotros, que a los que persiguen
justicias no ha de herirlos fiera muerte.
¡Y ahora a ti, padre mío ! ¡ Yo te juro
que he de tomar venganza tal que asombro
ha de ser de la tierra eternamente,
y en el sepulcro has de mover tus huesos,
estremecidos de tan alta gloria,
que ha de humillar la frente de los reyes,
lo más alto en la tierra ; que a su brillo,
el mismo sol ha de parecer pálido
y el oro cobre vil ! ¡ Todo cual polvo
al paso sin igual de mi venganza !

(Parte, impetuoso, seguido de los caballeros. La princesa Estela cae llorando de rodillas. Doña Jimena queda en pie en el centro de la escena.)

JIMENA ¡ No habrá quien le detenga, que le empuja el aliento de Dios en su camino !

(Cae de rodillas.)

¡Y ahora, a rogar por él... y por mi culpa !

(La princesa Estela permanece arrodillada.)

CAE LA CORTINA

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Interior de la tienda del rey moro Abenamar, espaciosa y ornada con magnificencia. Al fondo, una gran cortina, extendida de parte a parte de la escena y que se abre por el centro, oculta el campo, que debe verse en la mayor extensión que sea posible, cuando las cortinas se corran, en la forma que se indique. Es al amanecer. Se oye fuera el rumor de la batalla trabada entre los de Abenamar y la hueste de Bernardo. En la tienda, a la izquierda, un diván, donde permanece sentado Alfonso el Casto, con Galván y Aliatar, que, apartados a la derecha, no le abandonan. Estos van armados. Al fondo, y mirando de cuando en cuando a fuera, don Fernán.

ESCENA PRIMERA

EL REY, DON FERNÁN, GALVÁN y ALIATAR.

(El rey da muestras de gran impaciencia y desasosiego.
La escena queda en una vaga penumbra.)

EL REY Cada vez el rumor se oye más cerca...
Y sin poder moverse... (Alzándose irritado.)
(A don Fernán.) ¿No veis nada?

FERNÁN La bruma cubre el campo. Sólo escucho
el estruendo lejano de las armas
y los gritos de rabia de las huestes.

EL REY Y sin saber quien llega...
(Paseando.) ¡Prisionero
de esta canalla vil y el reino en manos

Bernardo.—5

de Bernardo ! (Se detiene y dice a don Fernán :)
Llegad.

FERNÁN

Señor...

EL REY

¿ Mis órdenes

ejecutasteis ?

FERNÁN

Dilas cumplimiento
con mis manos.

EL REY

¿ No me engañáis ?

FERNÁN

(En voz baja.)

Don Sancho...

debió morir esta pasada noche.

(Una pausa.)

EL REY

Así mejor yo castigué la audacia
del mozuelo atrevido. Que la vida
tan sólo le dejé para que pueda
llorar tanta soberbia.

FERNÁN

Sí ; mas duro
fué el contratiempo de caer en manos
del enemigo. Fuimos imprudentes
abandonando la ciudad sin fuerzas...

EL REY

¿ Podíamos confiar acaso en ellas ?

Ni en los nobles, que todos a Bernardo
siguieron. Era un nido de traidores
la ciudad.

FERNÁN

Sí, mas vos fuísteis triunfante,
del más fuerte de todos al vengaros.

EL REY

¡ No fué venganza, sólo fué justicia !

(Otra pausa. El rey se ha vuelto a sentar. Don Fernán
se acerca a las cortinas del fondo, y separando una de
ellas observa el campo.)

EL REY

(A don Fernán.)

¿ No ha cesado el rumor ? ¿ Qué veis ?

FERNÁN

La bruma

aun cubre el campo.

EL REY

Preguntad a nuestros
guardianes.

(Don Fernán se inclina y se dirige hacia los dos moros.)

FERNÁN

(Dirigiéndose a ellos.) Mi señor el rey Alfonso
de León...

GALVÁN

(Interrumpiéndole.)

¡ El cautivo Alfonso el Casto,
querrás decir !...

ALIATAR

¡ Aquel en cuya frente

por irrisión aun brilla la corona !

FERNÁN ¿No podríais decirme quién en lucha
entró contra vosotros?

GALVÁN ¡ Los malditos
secuaces de la cruz !

FERNÁN ¿Quién va a su frente?

ALIATAR No lo sabemos.

GALVÁN Basta, que la orden
es de guardaros, no de hablar...

FERNÁN (Insistiendo.) Decidme :
¿y no es posible que yo llegue al campo
para ver?...

ALIATAR ¡ No es posible !

FERNÁN (Llegándose al rey dice:) ¡ Nada pude
saber, señor !

EL REY ¡ Y siento que la lucha
se va acercando ! ¡ Llegan los cristianos,
la libertad acaso !

FERNÁN ¡ Qué sabemos !

EL REY (Levantándose de nuevo y presa de gran impaciencia.)
Y aquí sin poder ver, sin una nueva,
cuando la libertad acaso viene.

¿Vencerán los cristianos? ¿Quién los man-
(Siempre frenético.) [da?

¡ Sin armas ! Prisioneros, impotentes,
aguardando un triunfo que no llegue
quizá... ¡ Oh don Fernán ! horrible cosa
es aguardar...

FERNÁN Señor...

EL REY ¿Y si triunfan
los carceleros nuestros, de nosotros
qué será?

(Va creciendo el rumor y el día va levantándose.)

FERNÁN Y la lucha más cercana
es ; ya se escucha bien distinto el grito
del combatiente. (Quedan escuchando.)

ALIATAR (A su compañero.) ¿Oyes?

GALVÁN Sí, la lucha

se acerca.

ALIATAR ¡ Y sin poder salir del campo !

(Señalando al rey.)

¡ Maldición a este hombre !

pero voy a ofrecerte tal rescate
que ha de pagarte más que una victoria.
¿La libertad? ¡ Oh, no ! Me garantiza
tu vida entre mis manos a los míos.
Nada me ofrezcas, que sería en vano.

EL REY (Presa siempre de excitación.)
Escucha, Abenamar, que no te pido
que libre me abandones. Sólo en cambio
del rescate que dije, necesito
que levantes el campo y en la sierra
me internes con los tuyos.

ABENAMAR ¡ Ten cuidado,
Alfonso de León, que no es la hora
propicia para burla !

EL REY No comprendes ;
no pido libertad. Sólo deseo
no caer en las manos de mi gente.

ABENAMAR (Armándose.)
¿ Perdiste la razón ?

EL REY Lo que me pidas
daréte en cambio : oro, tierras, villas,
tributo he de pagarte si te place,
pero huye conmigo y con la hueste
delante de las lanzas de Bernardo.

ABENAMAR (Interesado por la extraña actitud del rey.)
No te comprendo. ¿ Del más fuerte brazo,
del hombre que es sostén para tu reino
quieres huir cuando él viene a salvarte ?

EL REY Mi libertad no quiero yo a tal precio.

ABINDA. (Entrando.)
¡ El caballo, señor !
(Abenamar va para salir, pero el rey lo detiene.)

EL REY Atiende, dime :
¿ accedes ?

ABENAMAR ¡ Deja !

EL REY ¡ No, tienes que oirme !

GALVÁN ¡ Señor, señor !... (A Abenamar.)

ABENAMAR (Saliendo.) ¡ Seguidme !...

EL REY ¡ Escucha ! ¡ Espera !...

(Sale el rey moro seguido de los suyos, quedando sólo
en la tienda don Fernán y el rey.)

ESCENA IV

EL REY, DON FERRÁN y UNA VOZ (dentro).

UNA VOZ (Dentro.)

¡ Es tarde yá, oh Abenamar !

ABENAMAR (También dentro.)

¡ No es tarde

nunca para morir !

(Va creciendo el ruido del combate. Se oyen los gritos de los moros que claman: "¡Allah! ¡Allah!" y los de Bernardo que vociferan: "¡Bernardo por la cruz!" Se oye el rumor de las carreras a través del campo, el chocar de las armas y el son de los instrumentos guerreros siempre creciente.)

EL REY (Fuera de sí.)

¡ No quiso oirme

y vencerá y caeré en sus manos !

¡ No, prefiero la muerte a 'tal vergüenza !

Que si caigo con vida entre los suyos

ha de cubrirme de tan gran oprobio

por mi venganza, que no se halle ejemplo

de otro igual. Y mirar sobre la frente

que tanto aborrecí la real corona,

antes prefiero, del infiel cautivo,

que me lleven sin ojos por sus calles

con una cuerda al cuello, que me escupan

sus hijos, y con fango sus mujeres

manchen mi rostro... ¿ Y no hallaré una es-

[pada

para acabar conmigo? ¡ Muerte ! ¡ muerte !

si tanto te llamé, ¿ por qué no acudes?

(Se oye el estruendo y la gritería de una multitud que huye. Las cortinas del fondo son agitadas como por el aliento del huracán.)

FERNÁN

¡ Señor, triunfan los nuestros !

EL REY

(Como loco.)

¡ Una espada !

FERNÁN

(Mirando fuera.)

¡ Abenamar cayó de su caballo !

EL REY

¡ Si eres aun leal, salta a mi cuello

y ahógame !

FERNÁN

¡ Bernardo !...

EL REY

¡ No ! La muerte

antes que en su poder.

UNA VOZ

(Dentro.)

¡ Pronto ! ¡ A las tiendas !

(Un inmenso griterío ahoga las palabras del rey. Don Fernán se lanza hacia él y dice, con un grito terrible :)

FERNÁN

¡ Aquí están !...

EL REY

¡ Maldición !

(Cubriéndose la cabeza con el manto, al mismo instante en que una mano poderosa rompe las cortinas del fondo, que caen, y se presenta a la vista el campo de batalla. En tumulto, los soldados de Bernardo invaden la escena, lanzándose contra lo que hay en el interior, sin reparar en su condición. A su frente, con la espada en la mano, cubierto de polvo y sangre, Bernardo, que, con un grito horrible, los detiene al reconocer al rey.)

ESCENA V

Dichos y BERNARDO, DON ALVAR, DON BERMUDO, UN CAPITÁN, nobles y soldados.

BERNARDO

¡ ¡ Atrás ! !

(Siguen a Bernardo don Alvar, don Bermudo y los otros nobles, después, a su alrededor se agolpan los soldados. Va cesando el rumor del combate. Todos permanecen suspensos, esperando las palabras de su caudillo, que después del grito ha quedado inmóvil, contemplando al rey, que permanece cubierto con el manto. En el rostro de Bernardo se pinta la angustia y la lucha que sostiene consigo mismo, pero al fin dice :)

Alfonso,

rey de León, apellidado el Casto :

¿ por qué ocultas la faz ante los tuyos que para darte libertad llegaron ?

A tus sienes devuelvo la corona, y aunque tú me negaste por vasallo soy el primero que homenaje otorgo ante ti. Ve a tus nobles, que esperando tus palabras están ; para alabarles no te muestres remiso ni seas parco.

(Con terrible ironía.)

Que contra quién la libertad concede
no hay pecho que cobije nunca agravios
ni sea desleal, pues no hay tesoro
como éste que nosotros te otorgamos.

(El rey permanece inmóvil cubriéndose el rostro.)

Rey de León, la faz así no ocultes,
que quien la oculta, es que está manchado
por la traición, por alevosa infamia,
o por origen nada limpio acaso.
¡Que del sol el fulgor sólo es odioso
a los rostros traidores o villanos
o al que purga, con dura penitencia,
en soledad y noche sus pecados !

(Queda esperando la respuesta del rey. A éste se le acerca don Fernán y le dice en voz baja :)

FERNÁN ¡ Ved, señor, que no llega en son de gue-
[rra !

(Se oyen murmullos de descontento entre la gente que rodea a Bernardo, que dice al rey, quien permanece callado :)

BERNARDO (Por su gente.)
Señor, hablad, que ya su desacato
no podré contener si una palabra...

EL REY (Dejando caer el manto.)
¿ Y qué me importa a mí ? Llegad airados
a gozar con la majestad caída,
blasfemadla, escupidla, que el agravio
ha de hacerla más noble en su desgracia
y a vosotros más ruines y malvados.

ALVAR Señor... (Irritado.)

(Bernardo, con un gesto, le hace callar.)

EL REY (Prosiguiendo.) Aquí tenéis vuestro caudillo,
vuestro rey desde hoy.

(Todos quieren hablar ante la actitud ofensiva del monarca, pero Bernardo lo impide.)

¡ El bienamado,
como el pueblo le nombra ! Que si llega
donde llegó, la libertad brindando
a su rey, fué tan sólo por gozarse
en su venganza.

FERNÁN Sed, señor, más cauto,
que la vida jugamos en la empresa.

ALVAR

(Perdida la paciencia, dice, rompiendo por todo, entre un gran murmullo de aprobación de los que le rodean:)
Escucha, rey Alfonso, que yo te hablo
por todo el reino, que venganza clama ;
que si en silencio aquí todos quedamos,
León gime entre tanto de tu yugo.
¡ Delante tu justicia doblegarnos
podíamos, señor, más la venganza
y la traición el trono han mancillado,
y al rey traidor negamos pleitesía
y el reino de su yugo libertamos,
y libres ya, convocaremos cortes
para elegir nuevo monarca !

BERNARDO

(A don Alvar.)

¿ Acaso

no os impedí yo hablar ?

EL REY

Deja que diga

lo que tu corazón le va dictando,
que el desleal, cual atrevido, cumple
al mentar lo que tú le has inspirado.

(A Bernardo, que siempre permanece mudo, mirando al rey, la gente le rodea gritando:)

CAPITÁN

¡ La hueste por monarca ya te aclama !

BERMUDO

¡ Te hacemos homenaje !

CAPITÁN

¡ Al bienamado,

salud !

LOS SOLDADOS

¡ Sea bendito ! ¡ Por tu gloria !

¡ Ante ti nos doblamos cual vasallos !

(Gran gritería que clama contra el rey y en favor de Bernardo se eleva, pero éste se impone y dice:)

BERNARDO

(Altivo.)

¡ Cesad los gritos, inclinad la frente,
que ya tal entusiasmo no consiente
mi corazón, pues fuera desleal ;
que él es vuestro señor por ley divina,
y a quién de tales leyes abomina
por la traición quedó en pena mortal !

(Al rey.)

Rey don Alfonso, en poco me juzgaste,
al hacerme tu igual, mas olvidaste
que si una misma sangre nos unió
la tuya es como un agua cenagosa
que sobre limo arrastra silenciosa

y que un rayo de sol nunca besó.
Y la mía, torrente que del alto
monte cortado a pico, con un salto
se lanza a la pradera toda sol,
tan transparente que la luz se quiebra
entre sus hilos y agua y luz se enhebra
para triunfar en rauda torñasol. .
¡ Y cuando por el cauce sosegada
silente ella deslízase, admirada
tu alma quedaría al contemplar
la transparencia de sus claras ondas,
que dieron vida a las vecinas frondas
y el fruto de la tierra hacen medrar !
Aguas nacidas de unas mismas fuentes,
más que al nacer corrieron por vertientes
distintas, ¿quién las pudo confundir?
Que a las dos el Señor marcó camino
y no hay fuerza que tuerza su destino
y nunca sus corrientes han de unir.

(Se produce gran agitación en el fondo, y rompiendo por entre la gente, avanzan doña Jimena y la princesa Estela, que, seguidas de varias monjas y sirvientas, se lanzan impetuosamente a los pies de Bernardo.)

ESCENA FINAL

Dichos, DOÑA JIMENA, la PRINCESA ESTELA, monjas y sirvientas

JIMENA Si aun es tiempo, abandona la venganza,
que él es tu sangre y puede en la balanza
de Dios, el desnivel precipitar.

ESTELA No vea con su sangre yo manchadas
tus manos, y han de ser por mí beśadas,
que es más grande quien sabe perdonar.

(Bernardo la mira sonriendo tristemente.)

JIMENA Cristo, en la cruz, moría perdonando,
y al expirar el alma daba, orando
por quienes afrentaron a su Dios.

ESTELA Que tu padre al morir perdón pedía,
y al perdonar, el cielo le acogía
y una estela de paz dejaba en pos...

(Quedan las dos mujeres anhelantes a sus pies; todos permanecen suspensos; el rey escucha ansiosamente; el del Carpio mira apesadumbrado a las dos mujeres.)

BERNARDO ¡ Una estela de paz !... ¿ Por qué vosotras a mis plantas llegasteis temblorosas ?
¿ No veis que suplicando me ofendéis ?
¿ Que vuestra duda el corazón lastima, y que si a empresa tal pude dar cima mi designio al rogar no torceréis ?
Alzad y escuchad todos lá venganza que del rey he tomado en mi pujanza, pujanza que su solio me entregó.
Del rey traidor que al perdonar mentía, del que osó mancillar la sangre mía y su raza con ello mancilló.
¡ Rey de León, te torno la corona ; de tal suerte el del Carpio te traiciona y te paga de aquella libertad que a su padre otorgaste con la muerte, que Bernardo se venga de tal suerte y las bajezas torna en lealtad !

(Mientras Bernardo habla, los nobles, extrañados de sus palabras, dan muestras de gran descontento.)

Que quien huyó traidor y avergonzado, ha de tornar triunfante, y coronado vencedor quien al odio sucumbió ; que harto pagado estoy con la memoria de este instante, corona de mi gloria, que sobre el rey en triunfo me elevó.

(Va para dirigirse al fondo, pero se detiene al oír la voz del rey y ante la oposición de los nobles.)

EL REY ¡ No, no puedo aceptar !

JIMENA

¡ Seas bendito !

BERNARDO (Imponiéndose al rey.)

¡ Has de aceptar ; tal pena a tu delito impongo !

(A los nobles.) ¡ Abridme paso !

ALVAR

¡ Atrás ! ¡ Atrás !

¡ Que valla formarán nuestras espadas ante tus pasos !

(Oponiéndole las espadas desnudas.)

BERNARDO

¿ Y serán osadas

contra la mía? ¿Lo creéis quizás?

(Aun la tiene en la mano, y rompiéndola contra el muslo, la toma por la parte adherida al puño, la blande como una cruz y grita:)

¡ Vedla, tornóse cruz ! ¡ Llegad osados contra ella, y por siempre mancillados quedaréis !

(Todos retroceden, vencidos. El monarca es presa de gran lucha consigo mismo. Doña Jimena y la princesa permanecen a la derecha en primer término.)

Que me lanza ella al dolor del cansancio de todos los caminos, del combate de todos los destinos convertida en el símbolo de amor.

(Viendo que quieren hablar.)

Y no me supliquéis, que vuestro llanto no detiene mi paso. Quien a tanto llegó, y supo de él mismo triunfar, no puede ya lanzarse a nueva empresa, pues tan alto llegó con su proeza que hacia Dios solamente ha de marchar.

ESTELA

¿Qué desvío de mí viene a apartarte?

JIMENA

¿Qué torbellino puede aun empujarte?

ESTELA

¿Qué será de mi vida en soledad?

BERNARDO

(Con gran reproche a las mujeres.)

Allí... donde la duda no me hiera de aquellos en quien tanto yo creyera.
¡ Sólo ya Dios me resta y su bondad !

(Extático y levantando su espada en alto, mientras que todos le abren camino y doña Jimena y la princesa lloran abrazadas.)

Veo todos los senderos
brillar radiantes de luz,
oigo gritos agoreros
cual gemir de prisioneros
deseosos de mi cruz.

Voy en busca de afligidos
a quien pueda consolar ;
vengan todos los vencidos,
los que gimen oprimidos,
que yo llego a libertar.

Y la tierra con mi manto,

compasivo cubriré,
escuchando el dulce canto
de quien, libre de quebranto,
con mi enseña dejaré.

(Empieza a marchar; todos le abren paso.)

Y en la cumbre más alzada,
bajo el beso de la luz,
de la nieve coronada,
de las águilas morada,
plantaré mi noble cruz.
¡ A sus pies veré humillados
los reinos en confusión
por el yugo dominados
de sus brazos desplegados
sobre el mundo en bendición !

(Estela, extática, va siguiéndole; el rey, vacilante,
vencido y humillado, atraviesa la escena, y, con los
brazos abiertos, cae de hinojos ante doña Jimena.
Lentamente, al ritmo de los últimos versos,

SE CIERRA LA CORTINA

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

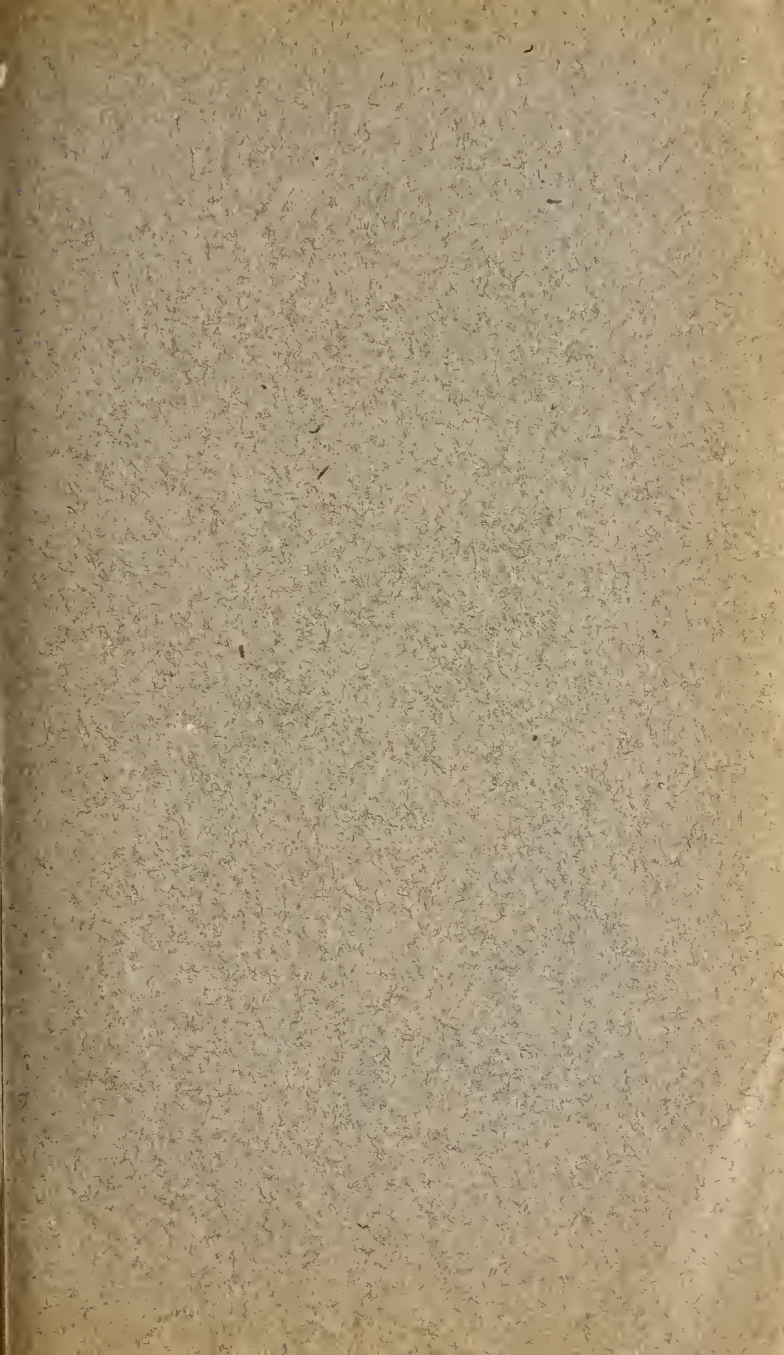
Dirección: San Pablo, 21, — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1. La princesa del dollar | 45. La dama de las camelias |
| 2. La ola gigante | 46. La domadora de leones |
| 3. El señor conde de Luxemburgo | 47. Los dos sargentos franceses |
| 4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | 48. El místico |
| 5. El sol de la Humanidad | 49. García del Castañar |
| 6. Zazá | 50. La fierecilla domada |
| 7. Mujeres vienesas | 51. El honor |
| 8. Hamlet | 52. El sí de las niñas |
| 9. Giordano Bruno | 53. María Antonieta |
| 10. El nido ajeno | 54. La viuda alegre |
| 11. El rey | 55. El conde de Montecristo |
| 12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | 56. Otelo |
| 13. Los miserables | 57. El barbero de Sevilla |
| 14. La ladrona de niños | 58. Dániel |
| 15. Los dioses de la mentira | 59. Pecado de juventud |
| 16. Cristo contra Mahoma | 60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes |
| 17. Juventud de príncipe | 61. La muerte civil |
| 18. Juan José | 62. La apuesta de Don Juan Tenorio |
| 19. La sociedad ideal | 63. Sor Teresa o El claustro y el mundo |
| 20. La cizaña | 64. La niña boba |
| 21. Entre ruinas | 65. El pan de piedra |
| 22. La vida es sueño | 66. Romeo y Julieta |
| 23. Sabotage | 67. Los reyes ante la Inquisición |
| 24. Magda | 68. Felipe Derblay |
| 25. El papá del Regimiento | 69. Los malos pastores |
| 26. El alcalde de Zalamea | 70. Huyendo del nido |
| 27. Los dos pilletes | 71. Nuestra Señora de París |
| 28. D. Juan de Serrallonga | 72. Ana Karenine |
| 29. El rey Lear | 73. Margarita de Borgoña |
| 30. Espectros | 74. El soldado de chocolate |
| 31. Las cigarras hormigas | 75. La máquina humana |
| 32. El registro de la policía | 76. El ladrón |
| 33. El vergonzoso en palacio | 77. El judío errante |
| 34. La fuerza de la conciencia | 78. La Nazarena |
| 35. Aurora | 79. Las máscaras |
| 36. Eva | 80. El difunto Toupinel |
| 37. El bufón | 81. El hijo del milagro |
| 38. El cuchillo de plata | 82. Entre bobos anda el juego. |
| 39. Nick Carter | 83. ¡El! |
| 40. La cena de los cardenales | 84. En flagrante delito |
| 41. Justicia humana! | 85. Fualdès |
| 42. El señor feudal | 86. El adversario |
| 43. El veranillo de S. Martín | 87. La portera de la fábrica |
| 44. Cuento inmoral | 88. Bernardo del Carpio |
| Amor de a n t | |







Precio : DOS pesetas